



HERALDOS DEL EVANGELIO

268 - Noviembre 2025



«La memoria del justo
será bendecida»

Vínculo de unión con Jesús y María

Triste es de pensar en el gran número de gentes que con sincero y piadoso afán aspiran a grandes cosas, y el escaso de las que logran su empeño. ¡Cuántas almas llamadas a perfección, como dice Godínez, y cuán pocas las que la alcanzan! ¡Cuántos hombres que ponen manos a la obra con ardor templado por la prudencia, y que mueren dejándosela a medio hacer! [...] Me persuadí a que todos los fracasos en materia de perfección procedían de falta de constante dolor de haber ofendido a la divina Majestad. [...] Así como toda buena obra se desmorona cuando no tiene por puntual a nuestro divino Salvador, así también la santidad carece de savia que la sustente y vigorece cuando le falta constante dolor del pecado. En efecto, el principio de progreso aquí no es el amor sólo, sino el amor engendrado de la remisión de la culpa. [...]

Es además un dolor tranquilo, pues lejos de perturbar la quietud de las almas, es él, por el contrario, quien les restituye la paz perdida, quien sofoca la gritería del gárrulo mundo en nuestros corazones y hace enmudecer al espíritu humano; él quien suaviza las asperezas, modera las exageraciones y obra en todo como por arte mágica, merced a un encanto de singular dulzura y gracia. Es también dolor sobrenatural, pues, en efecto, ¿qué móvil meramente natural pudiera ser-

virle de pasto? Él es todo de Dios y para Dios; llorámosle con lágrimas tiernas como de culpa remitida, no con gemidos de terror, como de culpa que nos ponga en peligro de muerte eterna. Y aun por eso es también fuente de amor: amamos mucho, porque mucho nos ha sido perdonado, y porque recordamos incesantemente las grandes miseri-

cordias obradas en nosotros: amamos, porque ya el perdón nos ha quitado aquel temor que al amor pudiera sobreponerse: amamos, porque contemplamos con asombro y ternura la compasión que se ha dignado visitar a tan ruines almas: amamos, porque la dulzura misma del pesar sentido nos produce filial confianza.

He aquí cómo y por qué entre nuestras almas y el místico dolor que durante su vida entera sintieron Jesús y María, no hay otro paralelo posible sino el dolor nuestro de haber caído en pecado; y por el mero hecho de ha-

ber Jesús y María padecido dolor, siendo impecables, podemos vislumbrar los misterios de cristiana santidad que se esconden debajo de esta suave y sobrenatural tristeza.



«El Juicio final», de Niccolò di Tommaso -
Galería Matteo Salamon, Milán (Italia)

FABER, CO, Frederick William.

«Progreso del alma en la vida espiritual», 2.^a ed.

Madrid: Leocadio López, 1882, pp. 436-445.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXIII, n° 268, Noviembre 2025

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:

Severiano Antonio de Oliveira;

Silvia Gabriela Panez;

Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:

Guatemala

27 av. 2-36 Bajada a Colonia San Lázaro,
zona 15, frente Apartamentos Las Pilas.

Tels: (502) 2246-0000

mailing.admongt@gmail.com

El Salvador

Calle el Picacho, No 27,

Sierras de Santa Elena. Antiguo Cuscatlán.

Tel: (503) 2278-4542

salvafat@gmail.com

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➤ EDITORIAL	
Ayer, hace un año.....	5
➤ LA VOZ DE LOS PAPAS	
¡Corazones en alto!.....	6
➤ LA LITURGIA DOMINICAL	
Santidad, eje de la historia.....	8
El día de ayudar a los que nos han dejado.....	9
Venerables y simbólicas piedras.....	10
El fin de mi mundo.....	11
La victoria del Rey y	
la derrota de los escépticos.....	12
Entremos en el arca de la Santa Iglesia.....	13
➤ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Los últimos meses de Mons. João en esta tierra -	
Suave crepúsculo,	
aurora de una nueva convivencia.....	14
Señales de la intercesión de Mons. João -	
Acortando distancias entre el Cielo y la tierra.....	18
La certeza de la victoria.....	22
➤ TEMA DEL MES – LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS	
Como miembros de un solo cuerpo.....	26
Santa Hildegarda de Bingen y Richardis	
von Stade - La orfandad de	
una madre sin hija.....	30
➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿Los santos que están en el Cielo interceden	
realmente por nosotros?.....	33
➤ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
La convivencia entre los elegidos	
en el Cielo empíreo.....	34
➤ VIDAS DE SANTOS	
Santa Catalina de Alejandría –	
Virgen sabia y aguerrida.....	38
➤ DOÑA LUCILIA	
Inolvidables tardes con Dña. Lucilia.....	42
➤ HERALDOS EN EL MUNDO.....	44
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
Proezas de soldados católicos durante la	
Primera Guerra Mundial - El católico	
sólo puede ser un héroe.....	46
➤ ¿SABÍAS.....	49
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Todos... ¡menos uno!.....	50



Teresita Morazzani

14 «Talis vita, finis ita»



Gustavo Kralj

26 Cielo y tierra unidos en una misma batalla



Reproducción

46 Ya no basta la valentía de los tiempos de paz...



Deensel (CC by 2.0)

50 De un patricio romano al siglo XXI

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

¿Puedo rezar mientras conduzco? ¿Puedo, por ejemplo, acceder al canal de los Heraldos y rezar el rosario durante el tráfico?

João Carlos Alvim – São Paulo

Para responder adecuadamente a esta pregunta, debemos recordar qué es la oración. El *Catecismo de la Iglesia Católica* adopta la definición clásica: «La elevación del espíritu hacia Dios» (CCE 2098). Pero ¿cuándo podemos elevar nuestra mente a Dios? «Es necesario orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18, 1), nos responde el Evangelio. Por lo tanto, nunca se rezará demasiado, siempre que no se abandonen los deberes del propio estado.

El papa Benedicto XVI afirmó en una audiencia el 11 de mayo de 2011: «El hombre sabe, de algún modo, que puede dirigirse a Dios, que puede rezarle. Santo Tomás de Aquino, uno de los más grandes teólogos de la historia, define la oración como “expresión del deseo que el hombre tiene de Dios”».

Entonces, concretamente, ¿podemos rezar mientras conducimos? Sin ninguna duda. ¿Podemos rezar el rosario durante el tráfico, siguiéndolo, por ejemplo, a través del canal de los Heraldos? ¡Claro que sí!

Pero ¡cuidado! La oración es un acto muy importante. Rezar en medio del tráfico no exime del deber de reser-

var un tiempo especialmente para Dios. La oración que es hecha mientras se realiza una actividad ha de ser la expresión de un corazón deseoso de santificar cada momento del día. También puede derivarse de la contingencia en la que se encuentre alguien demasiado ocupado con el trabajo, pero no quiere dejar de rezar el rosario. Ahí, perfecto.

Aunque la oración hecha en la iglesia tendrá, normalmente, mucho más valor. Así lo afirma San Juan Crisóstomo, cuyas palabras pueden aplicarse también a las oraciones rezadas fuera de casa, por ejemplo, en el coche: «Si bien puedes rezar en casa, no sabrás hacerlo allí de la misma manera que en la iglesia [...]. Cuando invocas al Señor en privado, no eres escuchado tan bien como cuando lo haces en compañía de tus hermanos. Aquí [en el templo] hay algo más, a saber, la unión de los espíritus y de las voces, el vínculo de la caridad y las oraciones de los sacerdotes» (*Sur l'incompréhensibilité de Dieu*. Homilía 3: SC 28bis, 219).

Cuando pecamos, concretamente por carnalidad, ¿entra un ángel malo en la tentación, que nos incita pensamientos para ello?

Héctor Caro Nieto – Vía correo electrónico

Esta pregunta se la hicieron una vez, casi con las mismas palabras, a Mons. João durante una de sus clases de catecismo. Y nuestro fundador respondió lo siguiente: en principio, una tentación puede provenir exclusivamente de la concupiscencia de la carne, es decir, de la naturaleza humana caída por el pecado. Pero añadió, manifestando su acuerdo con esta tesis, que muchos maestros de la vida espiritual afirman que en *todas* las tentaciones entra la acción del demonio.

Ahora bien, esta postura está perfectamente respaldada por la doctrina católica, como podemos ver en el *Catecismo*: «Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña “la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo”» (CCE 407).

Por lo tanto, la lucha contra la tentación será siempre un enfrentamiento con el demonio: «A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas [...]. Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien» (CONCILIO VATICANO II. *Gaudium et spes*, n.º 37).

Pero no debemos olvidar que sin el auxilio de la gracia de Dios es imposible practicar la castidad. Para ello, es necesario rezar y frecuentar los sacramentos. Con palabras incomparables, San Agustín lo expresó así: «Creía que la continencia se conseguía con las propias fuerzas, las cuales echaba de menos en mí. [...] Ciertamente tú me lo darías si llamase a tus oídos con gemidos interiores y con toda confianza arrojase en ti mi cuidado» (*Confesiones*. L. VI, c. 11, n.º 20).



**Mons. João
Scognamiglio Clá
Dias, EP,
el 25/01/2022**

Foto: Teresita Morazzani

AYER, HACE UN AÑO...

Al cumplirse este mes un año de la partida hacia la eternidad del fundador de los Heraldos del Evangelio, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, dirigimos nuestra mirada a aquella madrugada del 1 de noviembre, experimentando dos impresiones aparentemente contradictorias.

Por un lado, es como si fuera ayer la noticia de que habían terminado los catorce años del duro calvario iniciado en 2010 con el accidente cerebrovascular que lo aquejó, afrontados con ejemplar abandono a los misteriosos caminos de la Providencia. Ésta, finalmente, lo llamaba hacia sí. Se siguieron tres días de benditas exequias, marcadas por el esplendor litúrgico propio de las ceremonias de la Santa Iglesia para la ocasión, por la serena nostalgia de una multitud de heraldos y simpatizantes llegados de todo el mundo para la última despedida, y por una inigualable bienquerencia fraterna. Era el mismo afecto que Mons. João siempre había derramado sobre sus hijos espirituales y que comenzaba a manifestarse de una manera diferente, más pura, más intensa, toda sobrenatural. Se inauguraba, en esta nueva etapa, una nueva relación entre maestro y discípulos, y también entre hermanos de vocación.

Por otra parte, ya ha pasado un año, pero pareciera que transcurrieron décadas, tanto por la cascada de acontecimientos que han marcado estos doce meses como por el inmenso desarrollo de una obra que, en medio de innumerables luchas, sigue creciendo en todo el mundo, haciendo de la fidelidad al espíritu de su fundador su divisa.

Ambas perspectivas, sin embargo, se armonizan bajo la mirada de la fe. La ausencia física de nuestro amado padre acabó poniendo de relieve la permanencia de ese mismo espíritu que, plasmado en realidades tan diversas como modos de ser, formas de apostolado, edificios y, sobre todo, personas, continuó animando la institución nacida de él. ¡Qué contraste! Mientras, por las vicisitudes de sus últimos años de vida, la presencia visible del fundador se fue retirando paulatinamente de sus hijos, tras su entrada en la eternidad Mons. João volvió a intervenir —con sobreabundancia y eficacia— junto a sus discípulos a través de la comunión de los santos.

No es casualidad que el Libro de los Proverbios proclame: «La memoria del justo será bendecida, el nombre del impío será maldito» (10, 7). De hecho, los que han sido infieles a Dios se marchan, como le ocurrió al rey Joram, «sin afecto de nadie» (2 Crón 21, 20), por mucho que la pompa del mundo intente prolongar su recuerdo artificialmente. Pero los hombres de fe se comunican incluso tras abandonar la vida terrena, como dicen las Escrituras acerca de Abel, quien, aun después de muerto, sigue hablando (cf. Heb 11,4).

Así pues, transcurrido un año de aquella aparente separación, Mons. João está más vivo que nunca, porque realmente sigue hablándonos. Se comunica con nosotros por sus ejemplos, por sus obras, por su intercesión —¿por qué no decirlo, salvaguardando el juicio infalible de la Iglesia?—, por sus sorpresas...

En efecto, nuestro fundador, siempre fue el «João de las buenas sorpresas», como lo llamaba afectuosamente el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, y esos doce meses no han hecho más que demostrar que, al haberse vuelto más espiritual su presencia, tal predicado se ha sublimado. ¿Qué otros inesperados regalos prepara todavía Mons. João para sus hijos y para el mundo? No lo sabemos. Sólo creemos que serán muchos, porque si durante su vida terrenal buscó con tanto empeño la gloria de Dios y el bien del prójimo, mucho más los buscará en la eternidad, donde no hay barreras para una actuación que le permita, aún más, ser instrumento bendito del triunfo del Inmaculado Corazón de María en los corazones y en el mundo. ✠



¡Corazones en alto!

La doctrina de Cristo une la tierra con el Cielo, ya que nos ordena elevar la mente desde las condiciones transitorias de esta vida terrena hasta las alturas de la vida eterna.

OCASIÓN PROPICIA PARA ELEVAR LA MIRADA

La solemnidad de Todos los Santos es ocasión propicia para elevar la mirada de las realidades terrenas, marcadas por el tiempo, a la dimensión de Dios, la dimensión de la eternidad y de la santidad. [...] Todos los miembros del pueblo de Dios están llamados a ser santos, según la afirmación del apóstol San Pablo: «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Tes 4, 3). Así pues, se nos invita a mirar a la Iglesia no sólo en su aspecto temporal y humano, marcado por la fragilidad, sino como Cristo la ha querido, es decir, como «comunidad de los santos».

BENEDICTO XVI.
Ángelus, 1/11/2011.

LA TIERRA Y EL CIELO: UNA ÚNICA REALIDAD

Esta fiesta nos hace reflexionar sobre el doble horizonte de la humanidad, que expresamos simbólicamente con las palabras «tierra» y «Cielo»: la tierra representa el camino histórico, el Cielo la eternidad, la plenitud de la vida de Dios. Y así esta fiesta nos permite pensar en la Iglesia en su doble dimensión: la Iglesia en camino en el tiempo y la que celebra la fiesta sin fin, la Jerusalén celestial. Estas dos dimensiones están unidas por la realidad de la «comunidad de los santos»: una realidad que empieza aquí abajo, en la tierra, y alcanza su cumplimiento en el Cielo.

BENEDICTO XVI.
Ángelus, 1/11/2012.

«NO TENEMOS AQUÍ CIUDAD PERMANENTE»

Todos los cristianos, ricos y pobres, deben tener siempre fija su mirada en el Cielo, recordando que «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Heb 13, 14)». [...]

Nos, levantando la mirada, vigorizada por la virtud de la fe, creemos ya ver los nuevos cielos y la nueva tierra de que habla nuestro primer antecesor, San Pedro (2 Pe 3, 13). Y mientras las promesas de los falsos profetas de un paraíso terrestre se disipan entre crímenes sangrientos y dolorosos, resuena desde el Cielo con alegría profunda la gran profecía apocalíptica del Redentor del mundo: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5).

Pío XI.
Divini Redemptoris, 19/3/1937.

SOMOS PEREGRINOS EN BUSCA DEL SEÑOR

Todos somos peregrinos y siempre lo seremos, caminando mientras buscamos seguir al Señor y mientras buscamos el camino que es verdaderamente nuestro en la vida. Ciertamente no es fácil, pero con la ayuda del Señor, la intercesión de los santos y animándonos unos a otros, podéis estar seguros de que, mientras permanecéis fieles, confiando siempre en la misericordia de Dios, la experiencia de esta peregrinación continuará dando frutos a lo largo de vuestras vidas.

LEÓN XIV.
Discurso, 5/7/2025.

SER CRISTIANO SIGNIFICA ABRIRSE A LA COMUNIÓN CON EL CIELO

En el mundo terreno la Iglesia se halla al inicio de este misterio de comunión que une a la humanidad, un misterio totalmente centrado en Jesucristo: es Él quien ha introducido en el género humano esta dinámica nueva, un movimiento que la conduce hacia Dios y al mismo tiempo hacia la unidad, hacia la paz en sentido profundo. [...] Ser cristianos, formar parte de la Iglesia, significa abrirse a esta comunión, como una semilla que se abre en la tierra, muriendo, y germina hacia lo alto, hacia el Cielo. [...]

De hecho, estar unidos a Cristo, en la Iglesia, no anula la personalidad, sino que la abre, la transforma con la fuerza del amor, y le confiere, ya aquí, en la tierra, una dimensión eterna. En sustancia significa conformarse a la imagen del Hijo de Dios (cf. Rom 8, 29), realizando el proyecto de Dios que ha creado al hombre a su imagen y semejanza.

BENEDICTO XVI.
Ángelus, 1/11/2012.

LA IGLESIA HACE REALIDAD ESA UNIÓN

La doctrina de Cristo une, en efecto, la tierra con el Cielo, ya que considera al hombre completo, alma y cuerpo, inteligencia y voluntad, y le ordena elevar su mente desde las condiciones transitorias de esta vida terrena hasta las alturas de la vida eterna, donde un

día ha de gozar de felicidad y de paz imperecederas.

SAN JUAN XXIII.
Mater et Magistra, 15/5/1961.

LA ETERNIDAD ESTÁ PRESENTE EN EL TIEMPO

La eternidad ya puede estar presente en el centro de la vida terrena y temporal, cuando el alma, mediante la gracia, está unida a Dios, su fundamento último. Todo pasa, sólo Dios permanece. [...] Todos los cristianos, llamados a la santidad, son hombres y mujeres que viven firmemente anclados en esta «Roca»; tienen los pies en la tierra, pero el corazón ya está en el Cielo, morada definitiva de los amigos de Dios.

BENEDICTO XVI.
Ángelus, 1/11/2006.

LA SANTIDAD ES ACCESIBLE A TODOS

La santidad suele parecer un término extremo y superlativo, una manifestación excepcional e inaccesible de la perfección moral y religiosa para la mayoría de las personas, no un estado normal ofrecido a todos y exigido por todos, porque normalmente reservamos esta calificación de santidad a las figuras humanas que han realizado de manera plena y sublime el ideal del seguidor de Cristo, el héroe, el mártir, el asceta, el hombre campeón, que se destaca entre la multitud y presenta una estatura superior y singular de personalidad humana, engrandecida no sólo por un esfuerzo exitoso en la imitación del divino Maestro, sino también por una abundancia preferencial de dones carismáticos y una comunión mística con la vida misma de Cristo. [...]

La santidad es un don; la santidad es común y accesible a todos los cristianos; la santidad es el estado, podríamos decir, normal de la vida humana,

Reproducción



**La atracción hacia el Cielo nos impulsa a
apresurar el paso de nuestra peregrinación
terrena a fin de unirnos para siempre a la familia
de los santos**

Paraíso, «Las muy ricas horas del duque de Berry» -
Museo Condé, Chantilly (Francia)

elevada a una misteriosa y maravillosa dignidad sobrenatural; es la novedad ofrecida por Cristo a la humanidad, redimida por Él en la fe y en la gracia.

SAN PABLO VI.
Audiencia general, 14/7/1971.

EL ROSTRO DE DIOS PARA LOS HOMBRES

¿Quiénes son los santos? Los santos son aquellos que se han vestido con la vestidura blanca del «hombre nuevo» (Col 3, 10), llevando a su desarrollo pleno la gracia bautismal. Son los partícipes y testigos de Dios santo, del Dios «escondido» (Is 45, 15). Gracias a ellos, Él se revela, se hace visible, se hace presente en medio de nosotros. [...]

Los santos son el pueblo de Dios redimido por la sangre del Señor: una multitud inmensa que proviene de las

tribus de Israel y de todos los pueblos. Juntos forman el «verdadero Israel», la comunidad de los salvados, la Iglesia de Dios, la descendencia de Abraham, en quien son bendecidas todas las gentes.

SAN JUAN PABLO II.
Ángelus, 1/11/1983.

SÓLO LOS SANTOS PUEDEN TRANSFORMAR EL MUNDO

La Iglesia y el mundo de hoy tienen una imperiosa necesidad de hombres y mujeres así, de cualquier condición y estado de vida: sacerdotes, religiosos y laicos, porque sólo personas de tal estatura y santidad serán capaces de transformar nuestro mundo atormentado y devolverle, junto con la paz, esa orientación espiritual y verdaderamente cristiana a la que todo hombre anhela íntimamente, incluso a veces sin ser conscientes de ello, y que todos necesitamos tanto.

SAN PABLO VI.
Homilía, 25/10/1970.

UNÁMONOS A LA FAMILIA DE LOS SANTOS

En este día sentimos que se reaviva en nosotros la atracción hacia el Cielo, que nos impulsa a apresurar el paso de nuestra peregrinación terrena. Sentimos que se enciende en nuestro corazón el deseo de unirnos para siempre a la familia de los santos, de la que ya ahora tenemos la gracia de formar parte. Como dice un célebre canto espiritual: «Cuando venga la multitud de tus santos, oh Señor, ¡cómo quisiera estar entre ellos!». Que esta hermosa aspiración anime a todos los cristianos.

BENEDICTO XVI.
Ángelus, 1/11/2008.



Santidad, eje de la historia



✠ P. Ignacio Montojo Magro, EP

Aquellos que se mantienen fieles a la marca recibida en el bautismo son los que determinan las intervenciones divinas en los acontecimientos

Los pasajes de la Palabra de Dios elegidos por la Santa Iglesia para la liturgia de esta solemnidad pueden ayudarnos a contemplar la historia de una manera muy diferente a la aburrida sucesión de fechas y hechos que se enseñan en el colegio. Sí, porque ese gran proceso que se desarrolla bajo la mirada de Dios, desde la creación hasta el fin del mundo, tiene como eje precisamente a aquellos que hoy conmemoramos: los santos.

En la primera lectura, tomada del Apocalipsis, las palabras del ángel muestran cómo Dios adelanta o pospone su intervención —que deja cualquier «hazaña» humana a la altura de la más completa insignificancia— según estén preparados «los siervos de nuestro Dios» (7, 3), marcados en la frente con un misterioso signo.

Éste bien puede simbolizar el carácter de bautizados. Si supiéramos valorar debidamente el gran regalo de amor que el Padre nos ha dado, el de ser sus hijos (cf. 1 Jn 1), no temeríamos nada ni nos des-

animaríamos ante las contrariedades que el mundo contemporáneo presenta a quienes aspiran a mantenerse fieles al llamamiento a la santidad inherente al sacramento del bautismo.

Aunque nuestra entrega a Dios esté amenazada en todo momento por las innumerables sollicitaciones al mal que nos rodean, el salmo responsorial subraya que la bendición del Señor desciende sobre aquellos que tienen «manos inocentes y puro corazón» (23, 4).

Si tratamos de ser así, formaremos parte del puñado de justos que desempeñan un papel determinante en las irrupciones divinas en los acontecimientos de la historia.

Dichos acontecimientos siempre conducen a la victoria del bien, a pesar de que las apariencias a veces indiquen lo contrario. El Cuerpo Místico de Cristo está llamado a crecer constantemente en gracia, como lo manifiestan las variadas y nuevas formas de santidad que ha generado a lo largo de los siglos. Y la unión entre la Iglesia militante y la Iglesia triunfante es la que impulsa tal progreso, por el cual, en el fin del mundo, la Jerusalén celestial descenderá a la tierra, haciendo que el tiempo dé paso a la eternidad.

¿Cómo participar en semejante maravilla? En este valle de lágrimas, eso es imposible sin grandes tribulaciones (cf. Ap 7, 14)... Pero en el Evangelio de hoy (cf. Mt 5, 1-12a), el divino Maestro nos enseña que, incluso en medio de las dificultades, aquellos que luchan con determinación, por amor a Él, ya experimentan aquí algo de la felicidad celestial, que los eleva por encima del común de los hombres.

El patrón de relaciones humanas que el Señor instauró en el sermón de la montaña contradecía radicalmente las costumbres de la Antigüedad, tanto la pagana como la hebrea. Sin embargo, el desapego de los bienes terrenales, el amor al sufrimiento, la mansedumbre, la sed de santidad, la misericordia, la pureza de corazón y tantos otros valores elevados por Él a la categoría de bienaventuranzas terminaron por impregnar de dulzura a la humanidad, hasta el punto de cambiar por completo su fisonomía.

Esta sublime invitación también resuena en nuestros oídos, instándonos a abrazar la santidad con el mismo fervor que llevó a la gloria celestial a tantos hermanos y hermanas que nos precedieron con el signo de la fe. Basta con confiar en la gracia recibida en el bautismo y aceptar todo lo que Dios desee de cada uno de nosotros. ✠



«Santos en adoración», de Jacopo de Cione - Galería Nacional de Londres

El día de ayudar a los que nos han dejado



✠ P. Isoldino José Quintão e Silva, EP

La Iglesia puede ser comparada con un magnífico palacio, con tres pisos comunicados entre sí.

En el nivel más alto se encuentra la Iglesia triunfante, a la que, en compañía de Jesucristo, María Santísima y los ángeles, están asociados los santos, aquellos que hicieron violencia al Cielo (cf. Mt 11, 12), entraron «por la puerta estrecha» (Lc 13, 24) y escucharon la dulce llamada: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 21).

En la planta baja del palacio lucha la Iglesia militante, como dijo Job: «*Militia est vita hominis super terram* —La vida del hombre sobre la tierra es una guerra» (7, 1). Y los héroes de ese combate permanente se asemejan a Cristo y serán admitidos en la sociedad de los ángeles y los santos en el Cielo.

Los menos «esforzados», que sólo han sido «aprobados», pero no cumplieron con el mandato de ser perfectos (cf. Mt 5, 48), constituyen la Iglesia sufriente. Están en el Purgatorio, del que no saldrán hasta que hayan pagado «el último céntimo» (Mt 5, 26).

Por este motivo, la Iglesia estableció el día 2 de noviembre la Conmemoración de todos los fieles difuntos, celebración instituida por San Odilón de Cluny en el 998, con el objetivo de rezar de manera especial por los fallecidos que aún sufren en el Purgatorio y, así, aliviar sus padecimientos.

Mediante la sacrosanta vía de la comunión de los santos, los bienaventurados se comunican con los fieles de la Iglesia militante y con los que aún se están purificando en el Purgatorio. Del mismo

modo, los fieles que se encuentran en la tierra pueden comunicarse con los santos del Cielo, rogándoles su ayuda en las luchas de este mundo, y con los miembros de la Iglesia sufriente, pidiéndoles pequeños favores y ofreciendo oraciones y sufragios para acortar sus penas.

La primera penitenciaría de Brasil se llamó *Casa de Correção da Corte*. Su triple propósito era castigar a los infractores, corregirlos y reintegrarlos en la convivencia social. Ahora bien, si convivir en la sociedad terrenal tiene sus exigencias, con absoluta razón en las moradas eternas no se admite «nada contaminado» (Ap 21, 27). La semejanza con Cristo, principal requisito para la convivencia en el Cielo, cuando no se alcanza en esta vida debe completarse en la «casa de corrección» de la corte celestial, donde un fuego purificador limpia las almas de los falsos criterios humanos.

Tras la muerte, el alma confronta sus miserias con la infinita perfección de Cristo, y el esplendor de su belleza le comunica el deseo de acrisolarse en las llamas restauradoras del Purgatorio. Allí, segura de su salvación, encuentra la paz, pues sabe que está «en la gracia y en la amistad de Dios».¹

Medita, portanto, en tus novísimos (cf. Eclo 7, 40), para que el día en que comparezcas ante Dios sea para ti un día de fiesta y alegría y no de llanto y lamentación. ✠

¹ CCE 1030.

El día en que la Iglesia militante reza especialmente por los que se purifican en el fuego del Purgatorio, reflexionemos sobre la perfección que debemos alcanzar para ver a Dios cara a cara

Almas del Purgatorio - Capilla de las Ánimas, Santiago de Compostela (España)



Francisco Lecaros

Venerables y simbólicas piedras

✠ P. Rafael Ramón Iburguren Schindler, EP



La consideración del templo por excelencia de la cristiandad nos recuerda nuestra condición de «piedras» de la Iglesia

Al igual que las personas reciben el bautismo, los edificios sagrados también son como que «bautizados» o, para usar términos más adecuados, consagrados o dedicados a Dios. Si existe un ritual para bendecir las casas de las familias, ¿por qué no habría algo similar para las edificaciones destinadas al culto divino?

El Templo de Jerusalén, erigido para albergar el arca de la alianza y ser un sitio de bendiciones para el pueblo de Israel, fue construido y dedicado por el rey Salomón en medio de prodigios sobrenaturales e imponentes ceremonias (cf. 2 Crón 5-7).

En nuestra época, el emperador Constantino donó el lugar donde los Papas establecieron su sede de gobierno, una mezcla de palacio y catedral. La dedicación del templo —la primera celebrada en la Iglesia— ocurrió hace diecisiete siglos, el 9 de noviembre del 324. En esa ocasión, el pontífice San Silvestre le dio el título de Santísimo Salvador, al que se le añadieron, en el

siglo XIII, los de San Juan Bautista y San Juan Evangelista.

Aspectos de la basílica de San Juan de Letrán, Roma

Hoy la conocemos como la Basílica Papal de San Juan de Letrán.

Allí se derramaron sobre romanos y peregrinos gracias señaladas, y se reunieron importantes concilios. Sus paredes albergaron, además, preciosas reliquias y obras de arte de incalculable valor. Pero no todo fue esplendor en su historia: la basílica sufrió terremotos, saqueos, incendios y un terrible abandono durante la estancia de los Papas en Aviñón. Así como la Iglesia misma, pasó por tormentas, permaneciendo siempre en pie, majestuosa y maternal.

Para considerar, no obstante, el aspecto esencial de esta fiesta, fijemos nuestra atención en una enseñanza de San Pablo que es, sin duda, mucho más significativa que la dedicación de un templo, por muy venerable que sea: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros» (1 Cor 3, 16-17).

La realidad profunda es que la construcción material de un templo simboliza a la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y pueblo santo de Dios, edificando con piedras vivas y escogidas: las almas de los bautizados.

Así, la teología, la historia y la alegoría se conjugan para cantar las glorias de la basílica de Letrán, madre y cabeza de las iglesias de Roma y del mundo entero.

Cabe aún una última reflexión, esta vez de carácter pastoral. El Evangelio de hoy (cf. Jn 2, 13-22) nos narra que Jesús, con látigo en mano, expurgó el Templo de Jerusalén, que se había convertido en una casa de comercio. Y nuestras almas... ¿no están necesitando purificación?

Con la absolución sacramental —nunca con un látigo— el Señor se complace en perdonarnos en la confesión, y con el pan de vida nos sostiene en nuestra vida de fe. «Dedicados» por el bautismo, purificados por la reconciliación y fortalecidos por la eucaristía, seremos verdaderamente piedras vivas de la Iglesia. ✠



Gustavo Kraij

Antoine Tavenaux (CC-by-sa 3.0)

El fin de mi mundo



✠ P. Thiago de Oliveira Geraldo, EP

Hay dos momentos cruciales en la existencia humana: su nacimiento y su partida de este mundo. Los desterrados hijos de Eva encuentran singular descanso en ambas circunstancias: al entrar en la vida, el niño es colocado en una cuna, un sitio asociado a la esperanza de lo que llegará a ser en el futuro; al abandonar la condición terrenal, todos recibimos un ataúd, una «morada» vinculada al recuerdo de nuestras realizaciones.

Cada historia humana debe ser interpretada en función de su fin: el juicio en el que Dios separará a los malos de los buenos, castigando a unos y premiando a otros según sus obras (cf. Rom 2, 6).

Cuando el Redentor salía por última vez —el Martes Santo— del Templo de Jerusalén, sus discípulos se mostraban asombrados con la belleza de aquel edificio, reconstruido por Herodes al cabo de cuarenta años. El mármol blanco, adornado con el perenne brillo del oro, exhibía toda su magnificencia bajo los rayos del atardecer.

El divino Maestro, a partir de ese movimiento de admiración meramente humana —porque la opulencia exterior del edificio cubría la infidelidad que imperaba en su interior—, quiso darles el consejo de tener en cuenta el fin: «Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida» (Lc 21, 6). Anunciaba con proféticas palabras el fin de un mundo.

De hecho, la respuesta de Jesús abarcaba dos ámbitos de particular interés: el fin del Templo de Jerusalén y el fin del mundo. Sus palabras aún resuenan con un tono de misterio; sin embargo, el conjunto de las lecturas de este domingo deja suficientemente clara la intención del Señor de prepararnos para el final.

La historia ya ha sido testigo del «fin de muchos mundos». Basta tan sólo con recordar el ocaso del Imperio griego o del romano. En el siglo III, San Cipriano de Cartago desvela el signo de los tiempos que anunciaba el

fin de su mundo: «Falta el labrador en el campo, el marinero en el mar, el soldado en el campamento, honestidad en el foro, justicia en los tribunales, concordia en las amistades, habilidad en las artes, disciplina en las costumbres»...¹

Considerando el estado actual de nuestro mundo, se puede conjeturar que la Providencia ya está preparando una nueva cuna de esperanza para la civilización que debe nacer del auténtico amor al Reino de Dios.

La verdadera visión de la historia analiza todo en función de su personaje principal, que es el Salvador, y de su Cuerpo Místico, la Iglesia. Para no compartir la suerte del Templo de Jerusalén, tengamos a Jesucristo como piedra angular de nuestro edificio espiritual. Al hacerlo, oiremos las consoladoras palabras del Redentor: «Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas» (Lc 21, 18-19). ✠

¹ SAN CIPRIANO DE CARTAGO. *Ad Demetrianum*, c. 3: PL 4, 546.



«Asedio y destrucción de Jerusalén por los romanos, bajo Tito», por David Roberts - Colección privada

La admiración de los discípulos por el Templo de Jerusalén da pie a proféticas palabras del Redentor acerca del fin «del» mundo y del fin «de un» mundo. El consejo que ellos recibieron también está dirigido a nosotros

La victoria del Rey y la derrota de los escépticos

✠ P. Mario Beccar Varela, EP



«**L**os escépticos podrán sonreír. Pero la sonrisa de los escépticos nunca ha logrado detener la marcha victoriosa de los que tienen fe», decía el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. Y la lectura del Evangelio de esta solemnidad (cf. Lc 23, 35-43) nos hace exclamar en el mismo sentido: los impíos pueden burlarse del divino Crucificado, pero verán cuán esplendoroso será su Reino.

Desde lo alto de la cruz, ante los insultos y sarcasmos de la turba insolente, el Señor mantuvo un silencio lleno de dignidad. Sus labios cerrados, no obstante, tenían una terrible elocuencia. Era como si les dijera a quienes lo ultrajaban: «Llegará el día en que los hechos serán mi réplica triunfante».

El propio Pilato, sin quererlo, confirmó la realeza de Jesús con el rótulo que tanto disgustó a los judíos. Ni uno ni otros podían imaginar que el reino de aquel «derrotado» sería eterno, establecido a partir de una victoria aplastante sobre sus enemigos.

Menos aún podían concebir que ese reino sería el más sólido y efectivo posible: Él reinaría sobre los corazones. No conquistaría el poder con las armas, sino con el amor, y sólo entrarían en los dominios del Señor crucificado los que estuvieran unidos a Él por tal vínculo.

Quedarían fuera los aprovechados, como el mal ladrón, que pretendía conseguir únicamente un consuelo físico. Una vez más, el silencio sería la respuesta a quien, por motivos espurios o intereses materiales, quisiera entrar en su Reino.

Pero, ¡oh, maravilla de la misericordia divina!, no se exigiría la inocencia total para ser admitido en el Reino de Cristo. Los corazones contritos y humillados tendrían las puertas abiertas y, para corroborar esta verdad tan consoladora, el Señor quiso consignarla a través de un episodio conmovedor. Mediante la conversión de un ladrón condenado a muerte, seguida de un diálogo entre los dos crucificados, demostró que el Rey de los Cielos recibe con los brazos abiertos a quien se humilla, reconoce sus faltas y pide perdón.

La sentencia llena de amor y compasión que decretó la admisión inmediata del exdelincuente en la felicidad eterna resuena en los oídos de los arrepentidos —y de los empedernidos— de todos los tiempos como una invitación a repetir la petición de quien sería el primer «canonizado» de la historia:

«Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23, 42).

Oh, almas que gemís bajo el peso de vuestros innumerables pecados: ¡confianza! Si el buen ladrón recibió un perdón tan completo y un premio demasiado grande, ¿por qué dudar de que el mismo Sagrado Corazón que lo llevó consigo

al Cielo no atenderá con impaciencia vuestra petición de misericordia? «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). He aquí la rotunda afirmación de la realeza de Cristo.

Pero hay más. Justo después de dirigirse al buen ladrón, Jesús quiso superarse a sí mismo: ¡nos dio por madre a su propia Madre! Oh, prodigio de misericordia y bondad: ¡su Reino sería un reino maternal! ✠



Cristo crucificado, de Piero di Cosimo - Museo de Bellas Artes, Budapest

¿Cómo se haría efectivo el reino de un crucificado? La respuesta, divina y triunfante, no tardaría en llegar

Entremos en el arca de la Santa Iglesia



✠ P. Celio Luis Casale, EP

El Adviento es la etapa del año litúrgico «especialmente dedicada al recogimiento, a la discreta compunción y a la esperanza palpitante del gran júbilo que traerá el nacimiento del Mesías. Todos se prepararon así para acoger al Niño Dios que, en el virginal sacrario materno, se acercaba, día a día, al momento bendito en el que iniciaría su convivencia salvífica con los hombres».¹

Para esa sublime ocasión, la Iglesia desea que nos preparemos debidamente, expurgando de nosotros hábitos y costumbres que no son acordes con la vida cristiana.

La liturgia de este primer domingo de Adviento parece querer, literalmente, sacudirnos del letargo en el que la humanidad se hunde cada vez más. «Ya es hora de despertaros» (Rom 13, 11), clama San Pablo. ¿No veis que «el día está cerca» (Rom 13, 12)? ¿Qué día? ¡El día de rendir cuentas! Y para que no haya excusas ni dudas sobre qué hacer, declara: «Nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y envidias» (Rom 13, 13b). ¡Ah! ¡Cuánto necesita nuestro siglo escuchar estas verdades!

Sin embargo, la advertencia del Apóstol de las gentes parece caer en saco roto. De hecho, en todas las épocas abundan los despreocupados y optimistas...

Despreocupados eran aquellos que antes del diluvio, como nos lo recuerda el Señor en el Evangelio de este domingo, «comían y bebían, se casaban y se daban en casamiento» (Mt 24, 38), sin hacer caso al llamamiento de Dios a la conversión. ¡Insensatos! Enseguida Noé entraría en el arca, las puertas se cerrarían y cortinas de agua cubrirían los cielos, inundando la tierra. Su deseo desenfrenado de disfrutar la vida los llevó, en poco tiempo, a perder lo que tanto apreciaban. El bien mayor había sido sacrificado tontamente por el placer efímero.

El Hijo del hombre nos visitará en un futuro próximo o lejano. ¿Cuándo? No lo sabemos. Sin embargo, de una cosa sí estamos seguros: vendrá cuando menos lo esperemos...

En realidad, conocer el día de la venida del Señor importa poco. La pregunta crucial que surge en nuestros labios es: ¿estaré preparado para ese encuentro? ¿Me salvaré o no? Pregunta terrible, capaz de hacer temblar a todo aquel que busca honestamente a Dios.

Si no me preocupa lo que más debería preocuparme —el asunto de mi salvación—, ¿no soy diferente de aquellos optimistas de los tiempos de Noé! «Nuestra propensión natural es pensar que estamos en esta tierra seguros y para siempre y, por con siguiente, ignorar que aquí vivimos en estado de prueba».²

Así pues, «andemos con decencia y honestidad» (Rom 13, 13a) si no queremos que nos pille por sorpresa la venida del Hijo del hombre. Para ello, comencemos ahora, y no mañana, nuestro proceso de conversión. Y si por casualidad nuestra conciencia nos acusa de algo, busquemos el perdón cuanto antes. Revistámonos de Jesucristo. Pongámonos en las manos purísimas de aquella que es la Madre de Misericordia. Y entremos para siempre en el arca de la Santa Iglesia, donde siempre será de día. ✠

*Ante la
proximidad
del
advenimiento
del Salvador,
cabe
preguntarnos:
¿cómo está
mi alma en
su relación
con Él?*

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «No “crepúsculo” do Sol de Justiça». In: *Folha de São Paulo*. São Paulo. Año LVII. N.º 18.170 (1 ene, 1979), p. 3.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «La vigilancia: ¿una virtud olvidada? In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, t. I, p. 18.

«La tarde del diluvio», de John Martin (editado) -
Museo Victoria y Alberto, Londres



Suave crepúsculo, aurora de una nueva convivencia

Al igual que el sol que, al ponerse, proyecta sus más hermosos rayos, los últimos meses de Mons. João en esta tierra fueron el corolario y la quintaesencia de su vida, así como la aurora de una nueva forma de convivencia de sus hijos espirituales con él.



✠ Hna. Clara Isabel Morazzani Arráiz

«**E**spero que, a pesar de mis miserias, el Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús, la Santísima Virgen, San José, mi ángel de la guarda, el Dr. Plinio, Dña. Lucilia y todos mis intercesores me ayuden y hagan en mí, conmigo y por encima de mí lo que debería hacer para cumplir íntegramente mi misión.

»Y espero—y siempre he deseado—una muerte dulce y llena de consuelo; pues creo que, en la hora de la muerte, podré constatar que la obra ha vencido, atravesará los siglos y los milenios, y llegará hasta el fin del mundo».¹

Corría el mes de enero del 2000. Uno de los hijos espirituales de don João Clá, deseo de participar de los designios y perspectivas que abrigaba el corazón de su fundador, aprovechó el ambiente íntimo creado durante una comida para interrogarlo sobre sus esperanzas respecto de sí mismo, de cara al futuro.

La respuesta fue sencilla, rápida y sin vacilación. Sin embargo, tales palabras adquieren hoy para nosotros el carácter de un pronóstico ya realizado.

Suave y lento crepúsculo

Al observar la trayectoria recorrida por Mons. João a lo largo de sus 85 años, se pueden apreciar cuántas batallas ganadas, cuántos desafíos superados, cuántas arduas misiones llevadas

a cabo con pleno éxito. Semejante a un astro que cruza los cielos de un extremo a otro, él ha iluminado la historia, dejando tras de sí el rastro indeleble de una personalidad fascinante, misteriosa y admirable.

Pero ¿cómo fue el suave crepúsculo de esta lumbreira, cuya existencia se constituyó en un reproche para los impíos (cf. Sab 2, 14) y un sustento para la piedad en una época de pecado (cf. Eclo 49, 3)?

Al igual que el sol que, al ponerse, proyecta sus más hermosos rayos, tiñendo el horizonte de tonalidades maravillosas, los últimos meses de Mons. João en esta tierra fueron el corolario y la quintaesencia de toda su vida. Debilitado por el accidente cerebrovascular que sufrió catorce años antes, pero siempre lleno de ánimo, se recogió lenta y solemnemente, apartándose gradualmente de las actividades públicas y de la convivencia asidua con sus hijos. Incluso en esa forma de actuar traslucía su inquebrantable delicadeza de trato, pues los fue acostumbrando a su ausencia, de manera que su partida fuera menos dolorosa.

La noche del 2 de junio de 2024, a la hora en la que solía retirarse, sorprendió a quienes lo asistían con la petición de dirigirse a su capilla privada. Una vez allí, se acomodó en un sillón y per-

maneció despierto toda la madrugada, hasta el momento en que pidió que se celebrara la primera misa del día.

¿Qué sucedió en aquel mudo pero cuán elocuente coloquio con Jesús sacramentado? ¿Una singular «vigilia de armas»? ¿Presentía que su vida estaba llegando a su fin? ¿O, más bien, que su carrera estaba a punto de empezar?

Quizá sólo lo sabremos el día del Juicio o incluso en la eternidad, pero lo cierto es que en aquella inolvidable velada se mostró sereno y alegre, como alguien que recibe una espléndida noticia.

Alegría y afecto en medio del sufrimiento

Una semana después de este episodio, Mons. João cayó en cama y ya no se levantó. Afectado inicialmente por una neumonía, su estado de salud fue empeorando a lo largo de los meses, con ligeras mejorías y nuevas complicaciones, altibajos inherentes a tan delicada situación.

Mil padecimientos, grandes y pequeños, se abatieron sobre él: extenuación, sed y privación de alimentos por vía oral, trastornos digestivos, inmovilidad, noches de insomnio, dificultad para respirar, frecuentes atragantamientos, constantes cambios de agujas y espárragos...

En medio de tantas incomodidades, nunca pronunciaba una queja o reclamación, ni siquiera preguntaba por las causas de su enfermedad o la previsión de recuperación. Más bien, lo aceptaba todo como si se tratara de un tercero; o incluso menos, pues si fueran los sufrimientos de otro, realmente se preocuparía, según la habitual solicitud con la que cuidaba a los demás.

Durante los cinco meses que permaneció en cama, innumerables fueron las muestras de afecto para con sus hijos. Bien una mirada, una sonrisa o un apretón de manos, o bien interesándose por sus ocupaciones o velando

por que cumplieran con sus deberes de piedad, invariablemente expresaba satisfacción por la presencia de ellos.

Quienes conocieron a Mons. João saben cuánto latía en su pecho un corazón de padre, vibrante de amor por el bien del prójimo. Y este deseo de santificar almas se traducía, sobre todo, en su empeño —rasgo característico de su espiritualidad— de convencerlas de que eran amadas por Dios. Consciente de que pronto partiría, sin duda trató de aprovechar el tiempo que le quedaba para demostrarlo, con mayor intensidad que en los años transcurridos desde su accidente cerebrovascular.

También sus expresivos ojos adquirieron una nueva profundidad, en dos sentidos: tanto en la transparencia de su vasto horizonte interior como en la penetración con la que se fijaba en cuantos lo rodeaban. Bastaba con que alguien cruzara el umbral de su habitación para que se viera inmediatamente envuelto por la afabilidad de aquella mirada, que parecía querer infundir el bien, lo que nos recuerda un comentario del Dr. Plinio al respecto:

«Tienes los ojos muy grandes y, cuando los tienes abiertos, sueles abrirlos mucho. Sólo hace eso quien ha soportado largas soledades. [...] En tu caso, siempre que se producen los mejores movimientos de tu alma, abres los ojos por completo».²

Jesús sacramentado y María, ¡hasta el final!

No obstante, si Mons. João analizaba todo lo que ocurría a su alrededor, el foco de atención se concentraba en el momento del santo sacrificio, celebrado diariamente en su habitación. Aunque estuviera cansado o con sueño, o incluso afligido por alguna molestia, nunca descuidaba la misa, a veces repitiendo las oraciones con el sacerdote, otras acompañando los cantos. Y su celo aumentaba a medida que se acercaba el momento de la comunión...

La fe eucarística adquirida por el pequeñito Juan al encontrarse, a sus

4 años, con el Santísimo Sacramento expuesto, fortalecida más tarde por las gracias de su primera eucaristía y sellada en 1956 por el propósito de no perder nunca una sola comunión en su vida, alcanzaba entonces su plenitud. Y la Providencia, quizá deseosa de sellar tal alianza, dispuso que recibiera las sagradas especies por última vez precisamente el 31 de octubre, fecha en la que se cumplían setenta y seis años de su primera comunión.

La víspera de ese día, al caer la tarde, Mons. João se volvió en cierto momento hacia su izquierda y, señalando con un gesto de cabeza una de las numerosas imágenes de la Santísima Virgen que adornaban las paredes de su cuarto, exclamó con voz fuerte: «¡María!». Le llevaron la imagen indicada, que contempló durante largos minutos, besándola varias veces.

Unas horas después, reiteró la misma petición y volvió a besar la imagen con devoción. Finalmente, le inclinaron el respaldo de la cama hasta quedar casi sentado y mantuvo los ojos bien abiertos, permaneciendo así toda la noche y el día siguiente, sin siquiera dormir.

En la mañana del 31, al ser saludado por uno de sus acompañantes, intentó responderle con un «Salve María», pero la voz le falló y apenas pudo articular un tenue «María». El nombre de la Madre de Dios sería, así, su última palabra... Hermosa síntesis de una vida consumida en el amor por la Virgen de las vírgenes, expresada por un alma que en la tierra sólo «respiró» a María.³

Sin embargo, lejos de ser este acto únicamente el desenlace de su carrera, al pronunciar su nombre, Mons. João legaba su testamento a la obra que había fundado y dejaba tras de sí «una puerta abierta que nadie puede cerrar» (Ap 3, 8): sólo en unión con la Madre de Misericordia recorreremos las vías de la virtud y nos prepararemos para el Cielo.

Al final... ¡hasta el límite extremo!

Ese mismo día 31, que sería el último, transcurrió con la normalidad de



Teresita Morazzani

El nombre de la Madre de Dios sería su última palabra... Hermosa síntesis de una vida consumida en el amor por la Virgen de las vírgenes, expresada por un alma que en la tierra sólo «respiró» a María

Imagen besada por Mons. João el 30 de octubre

aquellos meses, con la diferencia de que Mons. João se comunicó poco. Siguió la santa misa con su habitual atención.

Pasada la medianoche, cuando las primeras horas del 1 de noviembre empezaban a transcurrir, Mons. João dio señales de que su cuerpo, que con tanta generosidad había gastado en su entrega a los ideales de la Iglesia, estaba consumiendo sus últimas energías.

Hijos e hijas rodearon su cama, de manera que partiera de sus brazos a los de Nuestra Señora y pasara de las manifestaciones de ternura filial a las efusiones del torrente infinito de amor del Sagrado Corazón de Jesús y de María.

Monseñor João mantenía una fisonomía de inalterable serenidad, denotando al mismo tiempo lo plenamente consciente que estaba y cómo escuchaba todo lo que le decían.

Esta calma, a su vez, se irradiaba a todos los presentes: no hubo en torno a su lecho ninguna muestra de desaliento, ni llantos descontrolados, ni agitaciones frenéticas. Reinaba, más bien, un grave recogimiento, una emoción equilibrada y respetuosa.

Entonces, a uno de sus hijos sacerdotes se le ocurrió la idea de celebrar el santo sacrificio. Inmediatamente se organizó todo y comenzó la misa. Es difícil precisar el momento exacto en que su alma abandonó el cuerpo, tal era la delicadeza con la que se fue apagando, como el pabilo que, al quemarse, derrite la cera por completo.

Pero durante el ofertorio, mientras el celebrante, elevando el pan y el vino, ofrecía al Padre las especies que pronto se transubstanciarían en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, su presencia ya no se sentía allí...

Instante grandioso, ante el cual la lengua filial no encuentra términos adecuados y se ve obligada a recurrir, una vez más, a las palabras del Dr. Plinio, pronunciadas décadas antes:

«Uno de los mejores rasgos del alma de nuestro querido João es el siguiente: hay en él algo de desmedido, pero saludablemente desmedido, espléndi-

damente desmedido. [...] Siempre está —y cómo me gusta esa postura— en el límite extremo de sí mismo.

»«La medida del amor a Dios —dice San Bernardo— es amarle sin medida».⁴ Realmente necesitamos tener algo ilimitado, algo que esté constantemente indicando un límite extremo que nunca alcanzamos y hacia el cual tendemos siempre, y que sólo habremos alcanzado en el momento en que, exhalado el último aliento, demos nuestro primer ósculo en los pies de Nuestra Señora».⁵

Sí, el alma de Mons. João —grande, inmensa, casi desmedida y siempre efervescente de amor— ¡había alcanzado finalmente ese «límite extremo»! O mejor dicho, se habían abierto ante él los espacios ilimitados de la eternidad, que tanto había anhelado en esta tierra.

«Saudades»: pináculo de la visión humana, que nos acerca a la visión divina

Según la consideración superficial, positivista y pragmática del mundo moderno, todo parecería acabado. Aquel que había sido un sol para sus hijos y había brillado ante sus ojos con la intensidad del mediodía, desapareció en un horizonte aparentemente sombrío y sin esperanza...

¿Qué quedaba? ¿Un vacío imposible de llenar? ¿Cómo se mantendrían sus discípulos sin la presencia alegre y animosa de un guía tan querido? Su obra, construida a costa de tantos sacrificios, ¿se desvanecería por falta del impulso inigualable que solo él era capaz de dar?

Para quien conoció a Mons. João le resulta fácil descubrir la respuesta a tales preguntas, porque si bien es cierto que, en palabras de las Escrituras, «el justo difunto condena a los impíos aún vivos» (Sab 4, 16), también es verdad —y aún más— que «el fruto del buen trabajo es glorioso y la raíz de la prudencia es imperecedera» (Sab 3, 15).

Aunque esa luz parecía haber declinado inexorablemente, quedaba,

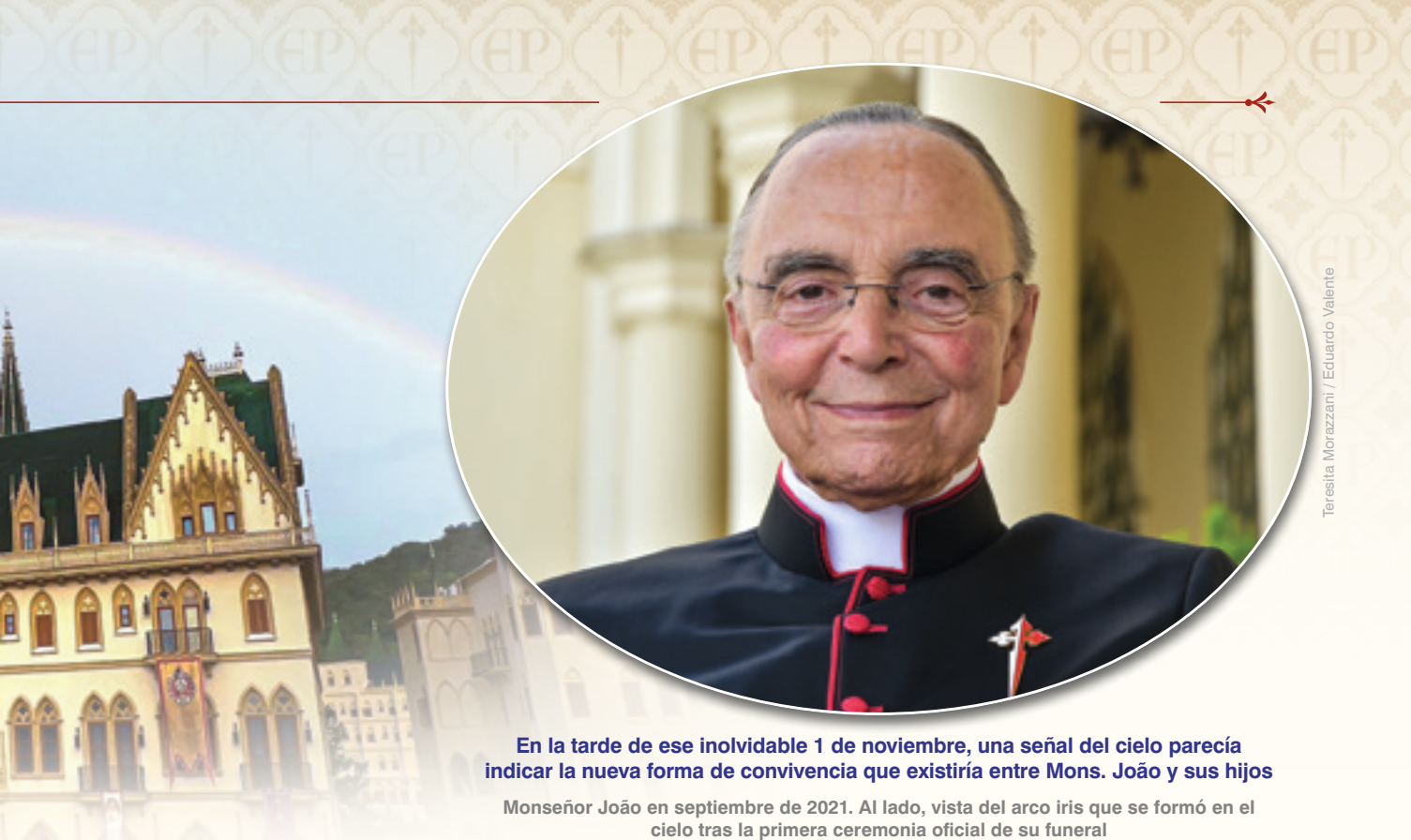
no obstante, un calor de alma lleno de *saudades*; quedaban la fuerza y la vitalidad que supo comunicar; quedaban otras tantas antorchas, encendidas en el fuego de su espíritu, que seguirían ardiendo, con el propósito de prender un incendio de amor sobre la faz de la tierra.

Así, cuando las tenues luces de la aurora de aquel primer viernes de noviembre comenzaron a rasgar la oscuridad nocturna, la suave voz de la gracia susurraba unánime en los corazones de todos: «Dios no ha hecho la muerte, ni se complace destruyendo a los vivos. [...] Porque la justicia es inmortal» (Sab 1, 13.15).

Si habían acompañado a su padre en el sufrimiento, ahora se hacía imperativo para todos sus hijos que quisieran serle fieles que lo siguieran más allá de las vastedades que separan tiempo y eternidad y escalar las alturas del mirador sobrenatural, con la vista puesta en el futuro, como él les había enseñado:

«Para el hombre existe el pasado, el presente y el futuro, pero en Dios





En la tarde de ese inolvidable 1 de noviembre, una señal del cielo parecía indicar la nueva forma de convivencia que existiría entre Mons. João y sus hijos

Monseñor João en septiembre de 2021. Al lado, vista del arco iris que se formó en el cielo tras la primera ceremonia oficial de su funeral

no hay pasado ni futuro, todo es presente.

»Un modo en que el hombre participe de esta perspectiva divina, donde pasado y futuro se unen, está en la suma de un recuerdo del pasado, de un disfrute del presente, pero, sobre todo, de la esperanza y la expectativa de una realización perenne de lo que vendrá, en una síntesis perpetua y eterna. [...]

»La verdadera *saudade*, con “S” mayúscula, está mucho más orientada al futuro que al pasado, y le brinda al hombre la posibilidad de participar, ya en esta vida, en los gozos de la eternidad. Entonces, las *saudades* son una especie de pináculo de la visión humana, que representa más la visión que Dios tiene sobre todas las realidades».⁶

Un arco entre el tiempo y la eternidad

En la tarde de aquel inolvidable 1 de noviembre de 2024, justo al concluir la primera ceremonia oficial de exequias, un luminoso arco iris apareció en el cielo, enmarcando la basílica de Nuestra Señora del Rosario, donde era velado el cuerpo de Mons. João. ¿Sería ésa una grata sorpresa preparada por él para consolar a los hijos que tanto amó? ¿Una señal de la Providencia que les mostraba la nueva forma de convivencia que deberían adoptar con su padre, un medio de acortar la distancia, estableciendo un arco entre tiempo y eternidad?

Las palabras que Mons. João dirigió, en 2002, con motivo de una despedida responden a estas preguntas y cobran

ahora mayor actualidad, a modo de garantía y de afectuosa promesa: «Todos vamos a morir, pero la muerte será la condición para vivir eternamente juntos [...], en la contemplación de Dios cara a cara, y en el amor a Dios sobre todas las cosas, amándolo como Él mismo se ama y, en función del amor a Él y de la comprensión de Él, amándonos aún más.

»Así que, en lugar de estar tristes en el momento de la despedida, debemos tener alegría, [...] porque nos acercamos más al día en que no habrá ni mañana, ni tarde, ni noche, sino eternidad y convivencia.

»Que la Santísima Virgen los santifique en mi ausencia, para que, cuando yo vuelva, los encuentre aún más dispuestos a darme reposo, alegría y satisfacción».⁷ ✠

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Reunión*. São Paulo, 2/1/2000.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Reunión*. São Paulo, 3/12/1978.

³ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 217. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 634.

⁴ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. «Tratado sobre el amor a Dios», c. VI, n.º 16. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1993, t. I, p. 323.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Reunión*. São Paulo, 7/8/1980.

⁶ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Reunión*. Ubatuba, 27/7/2004.

⁷ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Reunión*. Mairiporã, 11/9/2002.

Acortando distancias entre el Cielo y la tierra

Traspasado el umbral de la eternidad, era inevitable que surgiera la pregunta: ¿sería éste el final o el comienzo de la convivencia?...

✠ **Elizabete Fátima Talarico Astorino**



Mañana de domingo, 3 de noviembre, últimas horas de despedida. Pausada y solemne avanza la fila hacia el féretro de Mons. João. Miles de personas la recorrieron con serenidad para rendirle su último homenaje. Aquel varón había marcado sus corazones para siempre. Peticiones, agradecimientos, besos; no hay una fórmula para despedirse de un padre tan querido. Se deja allí el corazón filialmente nostálgico y se sale con el alma puesta en la esperanza del reencuentro...

El reloj marca las once y tres minutos cuando el Dr. Augusto Goedert, médico residente en Curitiba (Brasil) y que en ese momento se encuentra en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Caieiras, siente que su teléfono móvil vibra en el bolsillo. Ni se le ocurre contestar, pues está besando las manos de Mons. João y haciéndole sus peticiones.

A unos kilómetros de distancia, Fernanda Rodrigues Dias dos Reis sufre una terrible angustia: su hija más pequeña, Ana Catarina, de tan sólo un año y nueve meses, se atragantó al tomar un poco de leche y, a pesar de sus esfuerzos por ayudarla a recuperar la respiración, todo es en vano...

Siete minutos sin respirar

«Estaba desesperada. Ana fue perdiendo el color, poniéndose morada, con la boca muy oscura y los brazos

también morados. Estaba flácida en mi regazo... Les gritaba a mis hijos: ¡Coged las “reliquias”! ¡Coged las “reliquias”!», recuerda Fernanda.

¿A qué se refería? Así denominaba, de manera popular e imprecisa, a simples objetos que habían sido tocados en el cuerpo de Mons. João el día anterior, en especial un rosario. Mientras sus hijos las buscaban, ella y una amiga hicieron llamadas pidiendo ayuda: al padre del niño, que estaba ausente, a los bomberos, al Dr. Goedert...

Unos minutos después, este último devolvió la llamada perdida, dio las instrucciones pertinentes y se dispuso a ir de inmediato al lugar donde se encontraba Ana Catarina. Sin embargo..., como médico, sabía que no llegaría a tiempo para socorrerla y le pidió a Mons. João que lo hiciera, porque para él las distancias ya no existían.

Ana Catarina pasó aproximadamente siete minutos sin respirar, lívida y lánguida ante su madre y hermanos consternados. Fernanda continúa su relato: «Los niños me trajeron las “reliquias”, las puse sobre el pecho de Ana Catarina y grité con gran dolor: “¡Mons. João, tráigala de vuelta! ¡Tráigala de vuelta!”». La niña dio entonces un suspiro y empezó a reaccionar.

De este terrible episodio, cuyo feliz desenlace carece de una explicación médica plausible, dado el considerable tiempo que la niña permaneció in-

consciente y sin respirar, no le quedó ninguna secuela, salvo, para la familia, el recuerdo del auxilio inmediato de su padre espiritual.

Así comenzaron los relatos de gracias similares, que desmentían las apariciones de una separación irremediable.

Una llamada telefónica... desde la eternidad

Al día siguiente, 4 de noviembre, durante la acción de gracias de la misa matutina, Raphaël Six, miembro de los Heraldos del Evangelio, que vive en la casa que fue la última residencia de Mons. João, le pidió una gracia y una señal de que sería atendido.

Una vez concluida la celebración, inició sus actividades diarias: «Entonces oí sonar el teléfono de la biblioteca y me dirigí a la mesa de la recepción para contestar. ¡Cuál no sería mi sorpresa al leer en la pantalla el nombre de la persona que llamaba: “Mons. João Clá”! Contesté, pensando que algún sacerdote telefoneaba desde el despacho de Monseñor; no obstante, la llamada se cortó...».

Tras haber realizado las averiguaciones necesarias para descubrir quién podría haber utilizado esa extensión, Raphaël comprobó que nadie había hecho la llamada telefónica y entendió que Mons. João le había concedido la señal solicitada.

Cáliz recuperado seis meses después del robo

La respuesta a la petición del P. Antonio Castro Hernando, EP, residente en Argentina, llegó de una forma un tanto diferente. Este sacerdote necesitaba restaurar su cáliz y un matrimonio de cooperadores de los Heraldos se ofreció a hacerlo en Perú. Sin embargo, antes de llegar allí, el vaso sagrado fue robado...

Narra el P. Hernando: «Pedí la intercesión de Mons. João para recuperar el cáliz, celebrando misas por esa intención, sobre todo para que no fuera objeto de sacrilegio o profanación. Los cooperadores también ayudaron con sus oraciones, pero nada. Parecía que Monseñor no nos escuchaba o, por razones de sabiduría superior, no quería atendernos».

Pasaron seis meses. Un día, un joven argentino de la localidad de Santiago del Estero se comunicó con los Heraldos para informarles de que había visto un cáliz, similar a los que usaban los sacerdotes de la institución, en manos de un indigente, quien pidió una cantidad irrisoria por la devolución del objeto sagrado... ¡Era el que había sido robado! Tras recuperarlo intacto, el muchacho lo envió de vuelta a Buenos Aires.

Dos encuentros en sueños

Muchas son las personas que han soñado con Mons. João. Aunque en



Antonio Jungles

«Los niños trajeron las “reliquias”, las puse sobre el pecho de Ana Catarina y grité con gran dolor: “¡Mons. João, tráigala de vuelta! ¡Tráigala de vuelta!”»

Fernanda con su esposo e hijos; en sus brazos sostiene a la menor, Ana Catarina. Arriba, escena del funeral de Mons. João, el 1 de noviembre de 2024.

ello pueda darse un fuerte factor subjetivo, «por sus frutos se conoce al árbol» y, en los episodios que se narran a continuación, estas pequeñas comunicaciones fueron de gran utilidad para el progreso en la vida sobrenatural de quienes las recibieron.

Desde São Carlos (Brasil), escribe Kátia Vilas Boas Gonçalves. En su mensaje, cuenta los pensamientos que le vinieron a la mente al despedirse de Mons. João ante el féretro: la primera vez que lo vio, doce años antes; el dolor de no haber convivido más de cerca con ese padre; el pesar de, tal vez, sólo creer de hecho en esa paternidad espiritual cuando ya se había ido...

Continúa su relato: «Muchos hijos son así: sienten la falta de su padre cuando ya no está... Aquella noche,

me acosté para dormir con un sentimiento de culpa por no haberlo amado tanto como se merecía. El sueño llegó y con él vino Monseñor. Lloraba en sus brazos, en el ataúd, y él se sentó. Estaba contento y con las mejillas sonrojadas; me dijo que me calmara y que todo estaba bien. Le pedí un consejo y me dijo que me mantuviera firme en mi devoción a la Virgen y que rezara el rosario. Volvió a acostarse en el ataúd, y me desperté sintiendo en mis brazos la presión de su abrazo. Mi corazón estaba lleno de entusiasmo y alegría; ¡toda la angustia había desaparecido!».

A unos, Mons. João abraza; a otros, advierte...

Es el caso, realmente impactante, de Remy Adalberto Rodríguez Jerez, de República Dominicana, salvado de la



Advirtiendo a unos, consolando a otros, Mons. João atendía a todos con afecto paternal

De izquierda a derecha: Kátia con su esposo e hijos; Remy y su familia; Kauane y su familia durante el funeral de Mons. João.

muerte gracias a una amonestación de Mons. João. El hecho ocurrió la madrugada del 6 de abril. Mientras dormía, Remy se vio en una famosa discoteca de Santo Domingo, llamada Jet Set, donde diversas circunstancias lo incitaban a pecar. En otro plano del sueño estaba Mons. João, celebrando una misa: «Monseñor estaba en el altar, durante la elevación de la hostia después de la consagración. Se detuvo un momento y me miró fijamente. Pero no era una mirada de desprecio, sino más bien de cautela, como diciendo: “¡Cuidado! ¿Qué estás haciendo, Remy?!”. Quería protegerme; estaba allí para que no cometiera ningún pecado».

Al despertarse, Remy, que había pensado asistir a una fiesta nocturna en dicho local ese día, con su esposa, decidió no ir. Y fue gracias a eso que no perdió la vida junto a las 236 personas que murieron esa madrugada, con el derrumbe del techo de la discoteca...

Al igual que en vida, Mons. João sigue siendo inflexible contra el mal, ¡no permitiendo nunca que sus hijos concedan nada al enemigo!

«Yo cuido de ti»

Pero Mons. João no necesita de sueños para manifestarse. Basta, como en el caso que se narra a continuación, con una mirada.

Una noche, mientras rezaba el rosario en compañía de su esposo, Kauane Tobías comenzó a sentir un lancinante

dolor en la pierna, consecuencia de un cáncer óseo contra el que luchaba desde hacía tiempo. El dolor se intensificó y la medicación no surtió efecto.

Mientras sus oraciones se mezclaban con las lágrimas, Kauane miró fijamente una fotografía de Mons. João que tiene en su habitación: «Cuando miré la fotografía, recibí una gracia tan grande, tan grande... Escuché a Monseñor decirme: “¡Hija mía, yo cuido de ti!”. Dejé de rezar y empecé a llorar... Soy hija única de madre soltera y, en ese momento, experimenté un amor paternal del que nunca había sido objeto. En ese instante, ¡el dolor desapareció!».

Pequeñas peticiones..., generosa atención

Para Jeannet de Injoque, colaboradora de los Heraldos de Perú, la noticia del fallecimiento de su fundador le llegó acompañada de una sobrenatural alegría —al sentir que a partir de entonces contaba con un nuevo intercesor—, que la curó de una severa depresión causada por la muerte de su esposo unos años antes.

Así fortalecida, no dudó en recurrir a Mons. João para superar otra prueba, esta vez material: «Estaba pasando por una situación económica un tanto difícil y me preocupaban algunas deudas pendientes. Tenía unos terrenos en venta y, por la mañana, le pedí a Monseñor que me ayudara a vender al menos uno de ellos». La tarde de ese mismo día,

una persona se puso en contacto con ella, interesada en comprar su terreno, ¡y le pagó de inmediato!

Por su parte, I. R. rogó por la conversión de su hijo, que desde la adolescencia había caído en el alcoholismo: «Tan pronto como falleció Mons. João, cogí una fotografía suya y le pedí, con mucha confianza, que interviniera en esta difícil situación. No sólo quería que mi hijo dejara de beber, sino que deseaba verlo renovado. Ésa era una de mis peticiones diarias a Monseñor. Pasaron los días, hasta que empecé a observar un comportamiento diferente en mi hijo». Aprovechando el cambio para insistirle en la necesidad de abandonar ese vicio, I. R. escuchó del chico que desde hacía un tiempo no lograba ingerir bebidas alcohólicas, porque sentía náuseas al hacerlo... Y, para completar la alegría de su madre, manifestó su deseo de buscar el sacramento de la reconciliación.

Renata Amorim, brasileña residente en Canadá, fue escuchada tras visitar la basílica de Nuestra Señora del Rosario con su familia: «Tuve la gracia de rezar ante la tumba de Mons. João. Allí dejé mis peticiones con fe y esperanza, en particular con relación a mi salud. Padezco endometriosis, una enfermedad que afecta profundamente el cuerpo, y también la mente, y que me causaba, entre otras complicaciones, infertilidad. En exámenes anteriores habían detectado la presencia de



Las puertas de la eternidad no limitaron la generosidad de Mons. João, que intercede por sus hijos ante el trono de Dios

De izquierda a derecha: Renata con su esposo y su hija; Sônia después de la cirugía.

quistes ováricos. El 12 de noviembre de 2024, continuamos nuestro viaje a Fortaleza y, como de costumbre, me realicé mis exámenes de rutina. Para mi sorpresa y alegría, tan sólo una semana después de mi visita a la basílica, el médico me informó que los quistes habían desaparecido por completo. Fue un momento de gran emoción para mí y mi familia. ¡Alabado sea Dios!».

«Atiende rápido»

El 21 de noviembre de 2024, Marina Leanza Binotti rezó ante la tumba de Mons. João, pidiéndole un regalo de Navidad: que su madre, Sonia, recibiera un riñón compatible para trasplante. Al día siguiente, recibieron una llamada del Hospital del Riñón de São Paulo, ¡informándoles de una donación!

Sin embargo, después de haber realizado las pruebas de compatibilidad, se enteraron de que había una persona por delante en la lista de trasplantes. En un clima de gran angustia, esperaron la respuesta final. Marina comenzó a rezar el rosario, sosteniendo una fotografía de Mons. João en sus manos e invocando su intercesión. Con el «Amén» de la última avemaría llegó también la noticia: ¡el riñón sería donado a Sonia! Llena de gratitud, dejó la foto de Monseñor con su madre y se dirigió al mostrador de admisiones para iniciar los trámites necesarios.

En la sala donde se encontraba Sonia había un matrimonio en una situa-

ción muy desafortunada: Paulo César acababa de saber que le precedían tres personas en la lista de trasplantes y, por segunda vez en el año, perdería la oportunidad de recibir un riñón... Al ver su consternación, Sonia se le acercó con la fotografía y, sin conocer siquiera el nombre de Mons. João, le propuso a la esposa de Paulo: «Récele a él, porque atiende rápido». Sorprendida, pero confiada, encomendó el caso a Monseñor y también fue escuchada de inmediato: al poco rato, una enfermera avisó que se iba a realizar el trasplante.

Con la misma prontitud fue socorrida Nathasha Borges, de Recife (Brasil). Unos días después de una cirugía, el drenaje de silicona que le habían implantado en su pierna perforó la arteria femoral y sufrió una grave hemorragia. La situación era extremadamente delicada y las posibilidades de vivir, mínimas, ya que en estas circunstancias una hemorragia puede provocar la muerte en cinco minutos... Nathasha sobrevivió dos largas horas, a pesar de haber perdido un tercio de la sangre total de su cuerpo.

En sus manos, incluso durante la inconsciencia, sujetaba un pequeño trozo de papel tocado por Mons. João, invocando su auxilio: «No tengo ninguna duda de la intercesión de Monseñor, pues tenía una “reliquia” suya en mis manos todo el tiempo, pidiéndole que intercediera por mi vida y me ayudara a

aceptar la voluntad de Dios. [...] En otra ciudad, a cincuenta kilómetros de distancia, mi madre, sin saber nada de lo que me estaba pasando, vio aparecer la foto de Monseñor en su móvil dos veces. Ya estaba casi dormida y le pareció extraño, porque el teléfono no tiene protector de pantalla. Entonces oyó: “¡Levántate y reza, tu hija se está muriendo!”».

Después de ser estabilizada por el equipo médico, en una conversación telefónica con su madre, Nathasha pudo comprobar que Mons. João estaba cuidando de ella e incluso había avisado a su madre de lo sucedido, para que se uniera a su hija en oración.

* * *

Con motivo del primer aniversario del fallecimiento de Mons. João, hemos querido compartir con nuestros lectores este breve resumen de los favores obtenidos por su intercesión, con el fin de que sean una señal de confianza para todos aquellos que deseen recurrir a él. Asimismo, sería necesario mencionar las gracias de conversión, curaciones espirituales y favores interiores que ha concedido en abundancia, pero no cabrían en todas las páginas de esta edición...

Filialmente esperamos que el poder impetratorio de nuestro padre y fundador, cuya generosidad no limitaron las puertas de la eternidad, tenga una audiencia cada vez mayor ante el trono del Altísimo, donde anhelamos poder reencontrarnos con él algún día. ✠

La certeza de la victoria

De los que recorren las vías proféticas, la Providencia exige una confianza especial en medio de la tribulación y de las dificultades: pase lo que pase, tener la alegría, nacida de la convicción, de que la causa de Dios vencerá.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Famoso es el hecho histórico ocurrido con el Gran Condé en la batalla contra el ejército español, en Rocroi, cuando tomó su bastón de mando y lo arrojó en medio de los enemigos para animar a los franceses a conquistarlo.

En este episodio, que tanto le gustaba al Dr. Plinio, trasluce un fenómeno psicológico por el cual los soldados, al

mirar a Condé y percibir el soplo que lo animaba a realizar aquella jugada, se sintieron movidos por el ímpetu de que serían victoriosos. Si en sus almas no hubiera un «instinto de victoria», alimentado sobre todo por el *panache*, el *élan* y la distinción de su comandante, no se habrían lanzado contra las filas opuestas...

Ahora bien, ese efecto de orden puramente natural adquiere proporciones insospechadas cuando se traslada al ámbito sobrenatural. Hay ciertos hombres, asistidos por especiales carismas y dones de Dios, que despiertan en los demás una certeza de victoria mucho mayor que la de Condé en sus tropas. En esos momentos, con la sola mirada de un varón, todo el ser se ve invadido de forma sensible por una gracia de confianza, ¡y sigue adelante!

La gran prueba de la fe...

Por otro lado, debemos considerar que, en general, a lo largo de la historia de la Iglesia, todos aquellos que tienen un llamamiento específico —ya sea como miembros de una orden religiosa, ya en alguna otra misión de discipulado— pasan por una prueba vocacional muy determinada según la virtud de la fe. Las vías del fundador siempre son recorridas por sus seguidores; y si aquel afrontó grandes perplejidades, pruebas axiológicas y aparentes desmentidos, éstos deberán andar por el mismo camino.

Tomemos el ejemplo supremo, del que derivan todos los demás: Nuestro Señor Jesucristo con sus Apóstoles. ¿Cuál fue la prueba concreta por la que pasaron?

Habían abandonado a sus familias, sus posesiones y sus oficios para seguir a un hombre lleno de vitalidad, fuerza y acción de presencia, que decía ser el Hijo de Dios. El Maestro se puso a recorrer Israel, invitando a quienes encontraba: «Venid en pos de mí» o «Sígueme» (Mt 4, 19; 9, 9). Y así, llamando a pescadores y publicanos, formó un grupo de doce Apóstoles.

Este nuevo profeta obró milagros espectaculares, curando a ciegos, leprosos y paráliticos, resucitando muertos y levantando multitudes tras de sí. Además, les dio a sus discípulos igual poder para curar y expulsar demonios, enseñándoles una doctrina inédita, gracias a la cual pasaron de ser pescadores de peces a pescadores de hombres. Se proyectaron ante sus propias familias y la sociedad judía, hasta el punto de que en el Evangelio consta que la madre de Santiago y Juan, pariente del Señor, le pidió que concediera los principales puestos a sus dos hijos cuando Él estableciera su reino (cf. Mt 20, 20-21), ya que todos suponían que era el Mesías y, por tanto, el rey de Israel.

Sin embargo, tal hipótesis suscitaba temor no sólo en sus conciudadanos —que no lo habían aceptado—, sino también en aquellos que detentaban el



Francisco Lecaros

Hay ciertos hombres, asistidos por especiales carismas y dones de Dios, que despiertan en los demás una inflexible certeza de victoria

Luis II, duque de Borbón, príncipe de Condé - Palacio de Versalles (Francia)

gobierno temporal, y por eso querían eliminarlo a toda costa.

Tres o cuatro veces intentaron arrestarlo o apedrearlo, pero escapó de sus manos. Hasta que en determinado momento fue detenido, juzgado sumariamente y entregado al poder civil, por quien fue azotado, condenado y clavado en una cruz, en lo alto de la cual murió...

Ante tales hechos, podríamos preguntarnos: «¿Valió la pena que ese hombre arriesgara su futuro en la plenitud de su madurez, perdiendo la vida a los 33 años?». ¡Parecía que todo había acabado! Sus Apóstoles huyeron... ¡Sólo uno permaneció al pie de la cruz, con su Madre y algunas mujeres!

Para las almas débiles de los discípulos, la crucifixión fue la gran prueba de fe, a la que no fueron del todo fieles. De hecho, habían sido llamados a creer en la divinidad del Señor, como Hijo de Dios vivo, y a entregarlo todo, con miras a establecer la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana como sus ministros y máximas autoridades: «Vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt 19, 28).

... que perdura incluso en la victoria

No obstante, el momento en que el Señor exclamó: «Todo está cumplido» y entregó su espíritu, fue cuando ¡todo comenzó! El Hombre-Dios marcó la historia, hasta el punto de dividirla en dos partes: antes y después de Cristo. Y la institución que fundó no sólo estaba destinada a la victoria, sino que se extendería por todo el mundo y, según su promesa, sería inmortal (cf. Mt 16, 18).

Al resucitar por su propio poder, Jesús obró un milagro mucho mayor que todos los realizados anteriormente y todos los que vendrían después. Un hombre que, tras ser asesinado de



El que carece de fe no sólo flaqueará en la hora de la prueba, sino también será capaz de cuestionar la propia prenda de la victoria

«La Resurrección», de Jacopo di Cione –
Galería Nacional de Londres

forma tan brutal e ignominiosa, vuelve a la vida da garantías de que su palabra es verdadera.

Pero, incluso en ese caso, el que no tiene fe es capaz de cuestionar semejante prenda de victoria: ¿qué riguroso testimonio presentaban los Apóstoles de que su Maestro había resucitado? ¿La piedra que cerraba el sepulcro tirada lejos, los centinelas que lo vigilaban caídos en el suelo? Éstos habían sido pagados para que difundieran el rumor de que los discípulos habían robado el cuerpo...

Lo mismo ocurre con relación a la Iglesia. El Señor dio gracias a sus seguidores para que creyeran que esta institución era infalible y alcanzaría la victoria total; pero no dejó ninguna prueba evidente. ¿Cómo demostrar la

irreversibilidad de esta obra? ¿Quién podría probar que la Buena Noticia sería predicada hasta los confines de la tierra, a toda criatura? Basta recordar que el poder oficial entre el pueblo elegido estaba en manos de los escribas, fariseos y príncipes de los sacerdotes, que habían ordenado la muerte de Jesús, quienes creaban continuos problemas para la Iglesia naciente, que pronto degenerarían en persecuciones y martirios.

La Esposa de Cristo, en cambio, cruzaría dos mil años y llegaría hasta nosotros. Y aún seguirá atravesando los tiempos hasta el fin del mundo.

¿Cómo afrontar la prueba axiológica?

Ahora bien, ésa es la vía que la Providencia suele exigir a aquellos hijos de los que se quiere servir para alguna gran misión: sólo revela indicios del éxito de la acción emprendida, sin dar pruebas categóricas e irrefutables, pues, de lo contrario, ¿qué mérito tendrían quienes abrazan la causa del bien?

Peores aún que los impedimentos externos son las pruebas interiores que surgen en ese camino, donde empiezan a aparecer de repente obstáculos que se oponen a la propia esperanza, puesta en el alma por la gracia, de que todo caminaría hacia la gloria. Otras veces, atrapada en la rutina, la persona tiene la impresión de que todas sus previsiones no se cumplirán o tal vez sí, pero no las verá.

En esos momentos, ¿qué hay que hacer? Pedir auxilio a la Santísima Virgen y afrontarlo. Los que recorren las vías proféticas y, en consecuencia, ven a menudo su axiología chocada, nunca deben permitir que esta antiaxiología haga tambalear su convicción.

Por lo tanto, pase lo que pase, en medio de la tribulación y las dificultades, tengamos la alegría que proviene de la convicción de que la causa de Dios vencerá.



Hay un murmullo interior de la voz de la gracia, que se va convirtiendo en una extraordinaria sinfonía en lo hondo de nuestras almas, proclamando: la disciplina, el ceremonial, la sacralidad, la oración, la sabiduría, el sentido común y el «pulchrum», ¡volverán!

Monseñor João en diciembre de 2004

Si una muralla se yergue ante nosotros, se abrirá de par en par como un magnífico portal, y seguiremos adelante; si una montaña se interpone en nuestro camino, será quitada. Si debemos cruzar un mar a pie enjuto —incluso sin tener, como San Pedro, la mirada de Nuestro Señor Jesucristo en quien fijarnos—, no prestemos atención a la masa movediza de líquido, pues una vez dado el primer paso, las aguas se secarán o se solidificarán bajo nuestros pies y llegaremos al fin del océano.

Tanto si estamos en la situación de Sansón, solo contra los filisteos, como en la de Gedeón, cuyo ejército fue siendo reducido hasta quedar solamente trescientos hombres, ¡no dudemos! Lo que importa sobre todo es la fe interior, que nace de la unión con Dios, por la cual creemos que nuestros pasos serán victoriosos.

Y si, por el contrario, uno de nosotros está destinado a dar su vida en la batalla, seguirá luchando del otro lado, es decir, en el campo sobrenatural. Conservando esta certeza, aunque

muera mañana o esta noche, ya habrá participado en la victoria.

¿Cómo definir la certeza de la victoria?

A lo largo de la historia, siempre ha habido un motivo de esperanza para los buenos. En el Antiguo Testamento, existía la promesa de la venida del Mesías; en el Nuevo Testamento, está la expectativa de la realización de las consecuencias de ese advenimiento, según las palabras de San Pablo, desarrolladas más tarde por la teología: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto» (Rom 8, 9-22).

Si la Redención se llevó a cabo para salvar a hombres y ángeles, sus efectos repercutieron igualmente en todo el orden creado. Y llegará un momento en que los astros, las montañas, los lagos y las fuentes serán glorificados a consecuencia de los méritos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien, si subimos al mirador más alto del orbe y contemplamos el horizonte que por él se extiende, veremos, por un lado, el caos del mundo: la civilización ha llegado a su última etapa, en la que ya no hay equilibrio ni sentido común, ya no hay educación, ni cultura, ni buenas maneras... Poco queda para que la humanidad instaure el régimen del Infierno en la tierra.

Por otro lado, la inocencia que permanece en nuestras almas nos hace percibir que es imposible que la sociedad humana se mantenga establemente en un estado de rebelión contra el Creador, en el que la moral y las leyes de la naturaleza se violen como lo hacen hoy. Hay un cierto punto hasta el que la Providencia permite que llegue el desorden, pero una vez traspasado ese límite —del que estamos muy cerca— los ángeles, la Virgen y Dios mismo intervendrán, porque Satanás no puede establecer su trono sobre la faz de la tierra, y el orden del universo debe ser restaurado según los designios divinos.

¿Qué prueba hay de que esto sucederá? La prueba para los que tienen fe nos la da el Señor: «Tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). Y esta palabra se ve reforzada por el murmullo interior de la voz de la gracia, que se va convirtiendo en una extraordinaria sinfonía en lo más hondo de nuestras almas, proclamando: la disciplina, el ceremonial, la sacralidad, la oración, la sabiduría, el sentido común y el *pulchrum*, ¡volverán!

Así como Dios restituyó una vez a Job, con creces, todo lo que había perdido (cf. Job 42, 10), tengamos la certeza de que a este Job —nuestra triste

humanidad actual— le serán devueltas la virtud, la moral, la vida divina.

¿En qué consiste entonces la certeza de la victoria? En la confianza elevada al grado de convicción.

La confianza es la virtud de la esperanza fortalecida por la fe, de modo que entre esperanza, confianza y certeza de la victoria no hay diferencia de sustancia, sino sólo de grado. La esperanza, como todas las demás virtudes, debe ser practicada. Pero, por nuestros propios esfuerzos, nunca la llevaremos a su pleno extremo. Por eso es importante pedirle a la Santísima Virgen que nos conceda tan preciado privilegio en materia de confianza, infundiéndonos esta convicción.

En la medida en que guardemos en nuestras almas una convicción entusiasta y gozosa, avanzaremos en la práctica del primer mandamiento, pues sólo ama verdaderamente a Dios quien la posee. Ahora bien, si cumplimos el primero, practicaremos todos los demás, compraremos nuestra salvación y alcanzaremos la santidad.

La certeza del advenimiento del Reino de María

En mi caso, me veo obligado a reconocer que, por una dádiva de la Providencia y una iniciativa misericordiosa de la Virgen —que considero total-

mente gratuitas y no conquistada por ninguna oración ni gran mérito personal—, he sido asistido por una gracia fortísima en el ámbito de la fe.

Desde el momento en que conocí al Dr. Plinio en la basílica de Nuestra Señora del Carmen, de São Paulo, el 7 de julio de 1956, se encendió en mi interior, como un relámpago muy claro, la llama de la certeza de la victoria y de que él era un hombre providencial, que pondría el mundo en orden, derrotaría el mal e implantaría sobre la faz de la tierra un régimen por el cual el bien sería colocado en su trono.

A medida que pasaba el tiempo y me beneficiaba del trato con él, esta gracia inicial se volvió más nítida y brillante, y la idea de que él era un gran vencedor de Dios ahondó aún mucho más en mi mente.

Esta certeza inquebrantable, que el Dr. Plinio tenía como participativa de la fortaleza que es Dios mismo, penetró en mí y me acompañó durante toda mi vida, sin abandonarme jamás. Puedo confesar que pasé por pruebas en lo que respecta al cumplimiento de mi misión personal, sobre todo durante los largos períodos en que me acometieron enfermedades mortales, de las que deduje lógicamente que fallecería. Pero no recuerdo haber dudado jamás de la victoria de la causa que él defendía.

Es necesario, por lo tanto, tener esa perspectiva arraigada y anclada en lo más profundo del alma, para que las llamas de nuestra confianza suban hasta las puertas de la Jerusalén celestial, repitiendo la petición del padre-nuestro: «Venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo».

Nuestro objetivo es ver nacer una era histórica mucho más santa y llena de vitalidad sobrenatural de lo que fue el pasado. Un reino erigido con tal belleza, fulgor y brillo que de él se pueda decir: «El Cielo ha sido trasladado a la tierra». Este será el triunfo supremo del Sapiential e Inmaculado Corazón de María.

En ese sentido fueron las palabras que el Dr. Plinio pronunció al cierre de su última conferencia pública, el 19 de agosto de 1995: «De algo estoy seguro, y tengo la certeza de que todos ustedes lo están. Dentro de “x” años, ya sean cinco, cincuenta o cien, alguien dirá: “No sé qué ha pasado, pero sí sé una cosa: ¡Nuestra Señora ha vencido!».¹ ✠

Fragmentos de exposiciones
orales pronunciadas entre
1996 y 2007.

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 19/8/1995.

Esperamos ver nacer una era histórica mucho más santa y llena de vitalidad sobrenatural de lo que fue el pasado, que será el triunfo supremo del Sapiential e Inmaculado Corazón de María

Atardecer en la casa Sedes Sapientiæ,
Mairiporã (Brasil)

Como miembros de un solo cuerpo

Los pequeños y grandes sacrificios, adornados por la caridad, los deseos vehementes que acompañan las oraciones de los corazones sencillos y las buenas obras de los hombres de virtud constituyen, en el tesoro de la Iglesia, una inestimable riqueza en favor de todos los fieles.

✠ Adriel Brandelero



Cuando los gélidos días del invierno dan paso a las primeras lluvias de la primavera, que envuelven con su clima ameno a la naturaleza hasta entonces inerte, los hombres son regalados con el despuntar de una vida nueva, rica en principios, misterios y simbolismos.

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn 15, 5) ¿Quién no es capaz de escuchar el eco de estas divinas palabras al contemplar los delicados vástagos que brotan de las longevas vides de un terruño legendario y extraer de esta sen-

cilla enseñanza frutos de dulzura y de paz, remedio eficaz para la salvación? ¿No habrá querido el Señor revelar en tal alegoría una realidad sobrenatural que le complació plasmar en el orden natural cuando fue creado el mundo? ¡Sí! Más que ser una simple imagen del Salvador, la vid le entrega al hombre el vino, que el tiempo y las barricas sublimarán, a la espera de que dé paso a la sangre de Cristo durante la misa.

La eucaristía es la expresión más sensible de una realidad invisible que

revela lo íntimo de la relación entre la vid y los sarmientos, entre Cristo y sus miembros: la comunión de los santos.

Cuando rezamos el credo proclamamos nuestra fe en esta verdad, profesada expresamente por la Iglesia desde el siglo V,¹ sin meditar, no obstante, en el universo sobrenatural que encierra. Volvamos brevemente a las fuentes cristalinicas de las Escrituras y las enseñanzas milenarias de la Iglesia para comprender mejor este punto de la doctrina católica y el amor inagotable que, a través de él, se derrama sobre nosotros.

Comunión de los santos, en las cosas santas

La expresión *comunión de los santos* se entiende más claramente cuando es considerada en dos sentidos distintos: comunión en las cosas santas, *sancta*; y comunión entre las personas santas, *sancti*.

En la mayoría de las liturgias orientales, mientras el celebrante presenta las ofrendas recita: «*Sancta sanctis* —lo que es santo para los que son santos—. «Los fieles (*sancti*) se alimentan con el cuerpo y la sangre de Cristo (*sancta*) para crecer en la comunión con el Espíritu Santo (*koinonía*) y comunicarla al mundo».²

La primera acepción de la palabra *comunión* que nos viene a la mente se

wirestock / Freepik



«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos»: la comunión de los santos está en lo más íntimo de la relación entre Cristo y sus miembros

refiere, sin duda, a la eucaristía. Sin embargo, el término *koinonía* significaba desde tiempos antiguos la unión íntima de los obispos con los fieles, de los obispos entre sí e, igualmente, de los fieles entre sí. Expresar la unión de las personas con este vocablo denotaba reconocer una misma unidad vital que los vinculaba,³ como la savia divina que da vigor a todas las ramas.

Las cartas del apóstol San Pablo desempeñan un indiscutible papel esclarecedor en la explicitud de este dogma, pues, a partir de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo (cf. 1 Cor 12, 12-14), enseñada con maestría, hizo comprensible en cierta medida aquello que, aun así, sigue siendo un misterio.

«Nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo» (Ef 5, 29-30). Bajo la misma cabeza, que es el Señor, todos formamos un mismo cuerpo, una misma Iglesia, ya sea triunfante, sufriente o militante.

Ahora bien, «la condición de los santos difiere de la nuestra, es cierto, pero como la condición de un miembro, del mismo cuerpo, difiere de la de otro miembro».⁴ Por lo tanto, si constituimos un mismo organismo sobrenatural, «el bien de uno se comunica a otro. Por donde, entre las cosas a creer que transmitieron los Apóstoles está el de que existe una comunión de bienes en la Iglesia»,⁵ por la cual Cristo nos vivifica.

Cielo y tierra bajo el mismo «techo»

La comunión con los bienaventurados nace de una natural manifestación del corazón católico. El culto que les dedicamos se ha propagado en la Iglesia desde sus inicios, pues sabemos que «ellos conocen nuestras necesidades mejor que nosotros mismos y, antes de que nuestra oración les llegue, Dios los ha preparado para oírla y atenderla».⁶

Al estar más unidos al Verbo divino, los santos «consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad,



Reproducción

Se puede afirmar que «la comunión de los santos es precisamente la Iglesia», hasta tal punto se identifican ambas realidades

«Camino de salvación», de Andrea di Bonaiuto - Basílica de Santa María Novella, Florencia (Italia)

ennoblecen el culto que ella ofrece a Dios aquí en la tierra y contribuyen de múltiples maneras a su más dilatada edificación».⁷ Esta regla se aplica, *a fortiori*, a la Virgen María, que es al mismo tiempo Madre de Cristo y miembro eminentísimo de su Cuerpo Místico. «[Ella] es la memoria viviente de Jesús y, en cuanto tal, es el polo de atracción, por así decirlo, que armoniza las diferencias y hace que la oración de los discípulos sea unánime».⁸

Asimismo, el sufragio por las almas de los que ya se han marchado, pero que aún se purifican en las benditas llamas del Purgatorio, proviene de una milenaria tradición, como lo atestigua el Segundo Libro de los Macabeos: «Es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, a fin de que sean libres de las penas de sus pecados» (12, 46).

Una vez que está claro con quienes comulgamos tales maravillas, resta por saber en qué consisten exactamente esos bienes comunes.

Un tesoro infinito al alcance de todos

Se puede afirmar que «la comunión de los santos es precisamente la Iglesia»,⁹ hasta tal punto se identifican ambas realidades. Por tanto, la propia fe recibida de los Apóstoles, «tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte»,¹⁰ sintetiza en sí la riqueza puesta al alcance de todo bautizado.

En la comunicación de esta fe encontramos bienes inestimables e incontables a nuestra disposición. Entre ellos tienen primacía los sacramentos, signos sensibles de la gracia que nos hacen participar íntimamente de la vida divina, y en particular el bautismo, puerta por la que se entra en la Iglesia. Aunque convenga más a la eucaristía, ya que en ella es donde se consuma nuestra unión con el Redentor, el término *comunión* puede aplicarse a cada uno de los demás sacramentos, pues todos nos conducen a Cristo.



Concomitante al caudal de las gracias sacramentales, «el Espíritu Santo reparte gracias especiales entre los fieles para la edificación de la Iglesia».¹¹ Las nuevas espiritualidades surgidas a lo largo de los siglos, no sin la sana influencia de las costumbres y tradiciones locales, «participan en la tradición viva de la oración y son guías indispensables para los fieles. En su rica diversidad, reflejan la pura y única luz del Espíritu Santo».¹²

Es en esta diversidad donde la Iglesia se manifiesta aún más bella y enriquecida, porque «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Cor 12, 7).

La comunión en la caridad

Nuestros actos, además, incluso los que se consideran insignificantes, cuando se realizan desde la caridad redundan en beneficio de los bautizados. «Todos los que somos hijos de Dios y constituimos una sola familia en Cristo, al unirnos en mutua caridad y en la misma alabanza de la Trinidad, secundamos la íntima vocación de la Iglesia»,¹³ pues «ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo» (Rom 14, 7).

En efecto, las acciones santas, los pequeños sacrificios bien aceptados y los deberes de estado asumidos con seriedad constituyen en el tesoro de la Iglesia una vasta, variada e inmensa riqueza para el bien de las almas. Con sabiduría, esta madre guarda cuidadosamente en su cofre sagrado el legado de los santos, sus virtudes y obras, recordándolos «en el momento oportuno, como ejemplos saludables, como protestas elocuentes contra las tendencias funestas de ciertas situaciones y épocas».¹⁴

Así, en la vida modélica de los justos «aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno».¹⁵

Por otra parte, con la práctica de las buenas obras acumulamos méritos en

el Cielo que —además de expiar nuestras deudas ante la justicia de Dios— pueden ser comunicados por la Providencia divina al prójimo, para beneficio de su alma, aunque esto escape a nuestro conocimiento. Es de esa forma como nos volvemos «fecundos con la fecundidad de María y de la Iglesia».¹⁶

Éste es quizá el aspecto más inescrutable de la comunión de los santos, como declaró el papa Pío XII: «Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante el que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la cooperación que pastores y fieles —singularmente los padres y madres de familia— han de ofrecer a nuestro divino Salvador».¹⁷

No obstante, si bien es verdad que un alma virtuosa eleva todo el Cuerpo Místico, es igualmente cierto que el pecador perjudica todo este magnífico edificio, «de suerte que se puede hablar de una comunión del pecado, por el que un alma que se abaja por el

pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero».¹⁸

Al fin y al cabo, todo miembro infectado compromete el buen funcionamiento del organismo. Ahora bien, si para las infecciones del cuerpo se usan medicamentos, para las del alma tampoco faltarán: «Confesaos mutuamente los pecados y rezad unos por otros para que os curéis: mucho puede la oración insistente del justo» (Sant 5, 16). He aquí otro gran medio de beneficiar al Cuerpo Místico de Cristo: aplicar en su favor el bálsamo saludable de la oración.

Dios se complace con las mediaciones

Dado que la Iglesia militante goza de la promesa del Salvador de que seremos atendidos cuando pedimos al Padre en su nombre (cf. Jn 14, 13-14), el poder infalible de la oración influye profundamente en la relación entre los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

El P. Monsabré cuenta que un sacerdote, tras haber convertido a un gran número de personas supuestamente en



Francisco Lécaros

Un alma virtuosa eleva todo el Cuerpo Místico; su ejemplar vida nos enseña el camino más seguro para llegar a la perfecta unión con Cristo

Escena de la vida de un ermitaño, de Paul Bril

virtud de sus dotes de oratoria, se retiró a orar y entonces «Dios le mostró al pobre hermanito lego que lo acompañaba en sus misiones y que durante sus predicaciones rezaba piadosamente el rosario y las letanías de los santos. Era él quien conmovió al Cielo para obtener la conversión de los pecadores; era la comunión de los santos la que, a través de este hombre desconocido y quizá despreciado, determinaba la circulación de las gracias extraordinarias que se atribuían al celo apostólico y a la elocuencia del predicador».¹⁹

Otro ilustrativo ejemplo de intercesión es el caso de Henri Pranzini, terrible asesino de finales del siglo XIX, cuya ventura consistió en gozar de la compasión de Santa Teresa del Niño Jesús cuando ésta aún era pequeña. Fue condenado a morir en la guillotina por sus crímenes, pero se negaba irremediablemente a inclinarse ante el santo tribunal de la confesión.

Teresa, ya conocedora de la infinita misericordia del Corazón de Jesús, encomendó con insistencia esta pobre alma al divino Redentor: «Sintiendo que por mí misma no podía hacer nada, le ofrecí al Buen Dios todos los méritos infinitos de Nuestro Señor, los tesoros de la Santa Iglesia y, finalmente, le pedí a Celina que mandara celebrar una misa por mis intenciones, no atreviéndome a pedirla yo misma por temor a verme obligada a admitir que era para Pranzini, el gran criminal».²⁰



Fotos: Reproducción

La oración suplicante es capaz de conquistar la intervención divina para el bien de un alma y de toda la Iglesia

A la izquierda, fotografía del asesino Henri Pranzini sacada en marzo de 1887; a la derecha, Santa Teresa del Niño Jesús en 1886

Como la fe le garantizaba que sus oraciones serían escuchadas, Teresa pidió únicamente una señal que demostrara el arrepentimiento del condenado. Ésta le fue concedida cuando abrió el periódico para conferir cuál había sido el destino de aquella pobre alma y se encontró, entre lágrimas, con la noticia de que Pranzini, antes de ser ejecutado, había besado piadosamente el crucifijo que el capellán le presentó.

La oración suplicante, no necesariamente adornada con bellas pala-

bras, sino con ardiente deseo y plena confianza de ser oída, es capaz de conquistar la intervención divina para el bien de un alma y de toda la Iglesia, pues, por la ley de la comunión de los santos, nuestra vida sobrenatural se explica en función de Cristo y se edifica en favor de su Esposa Mística.

Según la feliz expresión del apóstol Santiago, en Dios vivimos, nos movemos y existimos (cf. Hch 17, 28); y en Él beneficiamos a todo el Cuerpo Místico de Cristo y por éste somos beneficiados. ✠

¹ Cf. VILAPLANA MOLINA, Antonio. *La comunión de los santos*. Madrid: BAC, 1985, p. 12.

² CCE 948.

³ Cf. HERTLING, L. *Communio. Chiesa e papato nella antichità cristiana*, apud FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática. Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009, p. 672.

⁴ MONSABRÉ, OP, Jacques-Marie-Louis. «La communion des saints». In: *Exposition du dogme catholique. Gouvernement de Jésus-Christ*. 10.^a ed. Paris: P. Lethielleux, 1882, p. 307.

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO. In *Symbolum Apostolorum*, a. 10.

⁶ MONSABRÉ, *op. cit.*, p. 310.

⁷ CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 49.

⁸ LEÓN XIV. *Homilía*, 9/6/2025.

⁹ CCE 946.

¹⁰ CCE 949.

¹¹ CCE 951.

¹² CCE 2684.

¹³ CONCILIO VATICANO II, *op. cit.*, n.º 51.

¹⁴ MONSABRÉ, *op. cit.*, p. 321.

¹⁵ CONCILIO VATICANO II, *op. cit.*, n.º 50.

¹⁶ LEÓN XIV, *op. cit.*

¹⁷ Pío XII. *Mystici Corporis Christi*, n.º 19.

¹⁸ SAN JUAN PABLO II. *Reconciliatio et penitentia*, n.º 16.

¹⁹ MONSABRÉ, *op. cit.*, p. 327.

²⁰ SANTA TERESA DE LISIEUX. «Manuscrit A. La grâce de Noël». In: *Œuvres complètes*. Paris: Cerf; Desclée De Brouwer, 2006, p. 143.

La orfandad de una madre sin hija...

Dios las había unido en tierna y sobrenatural afección.
Pero el amor del mundo abrió entre ambas un abismo
insuperable, con grandes consecuencias.

✠ Hna. Diana Milena Devia Burbano



Para muchos de nuestros contemporáneos, e incluso para algunos católicos, los santos parecen imponentes montañas de virtud, entes sobrehumanos, predestinados, separados de todo y de todos, inimitables por la grandeza aterradora de sus obras... Sin embargo, desde lo alto del Cielo, donde gozan de la bienaventuranza eterna, ¿cómo deben sonreír ante esa concepción tan poco veraz!

Hombres como todos nosotros, sujetos a las mismas necesidades, vicisitudes y miserias de la vida terrena, ¡cuánto tuvieron que luchar y ser apoyados para seguir con fidelidad el camino que la gracia les mostraba! He aquí una realidad que tendremos la oportunidad de conocer en el día del Juicio. Hasta entonces, vale la pena refutar algunas impresiones falsas con las que el demonio, el mundo o la pereza de nuestra carne pretenden empañar la memoria de estos hombres y mujeres ejemplares.

Una de las grandes mentiras vinculadas al recuerdo de los santos es la de considerarlos *almas aisladas*. Sí, eso mismo. Personas autosuficientes, que rezaban por los demás sin necesitar que lo hicieran por ellos, que convirtieron multitudes por sí solos y que practicaban la virtud sustentados por una peculiar predestinación divina...

Pues bien, a aquellos que erróneamente creen en tales suposiciones, les

dedicamos la siguiente historia. Comienza a finales de 1147, en Alemania.

Fundación del monasterio de Bingen

Hildegarda, una abadesa mística, acababa de fundar el monasterio de Rupertsberg, a orillas del Rin, en un lugar que inmortalizaría su nombre: Bingen.

Sus escritos, de carácter profético, fueron aprobados por el Papa en el Sínodo de Tréveris en 1148 y, a partir de entonces, acudían a ella todos aquellos que buscaban luz y consuelo en medio de las tribulaciones de la vida. Así, Rupertsberg se convirtió enseguida en un verdadero centro de peregrinación para la cristiandad.

Colaboradores de una gran santa

A la sombra de la profetisa de Bingen crecían *almas escogidas*, suscitadas ciertamente por Dios para allanarle el camino, auxiliarla en sus tareas apostólicas y, por qué no, sostenerla en la virtud. Al fin y al cabo, Hildegarda era tan humana como cualquiera de nosotros, una mujer asaz débil y medrosa que recelaba de todo lo relacionado con la mística, incluso negándose durante décadas a revelar lo que vislumbraba en la «Luz Viviente».

Hoy sabemos que esta actitud reservada hacia sus propias visiones no se debía únicamente a su humildad.

Hildegarda había recibido una educación deficiente en los rudimentos de la escritura y apenas dominaba la lengua teutónica, mucho menos la latina... Por ello, necesitó el apoyo de un confesor intrépido, piadoso e instruido para liberarse de los temores que le infundía lo desconocido, así como la compañía de una noble religiosa que le servía de confidente, secretaria y escribana. Bajo su supervisión, ambos trabajaron con ahínco en la elaboración de su primer libro, *Scivias*, ya fuera transcribiendo o corrigiendo la gramática de sus escritos, ya traduciendo o interpretando sus visiones, como ella misma menciona en el prólogo de la obra.¹

Ahora bien, ¿quién era esa joven escogida?

Se trata de Richardis von Stade, descendiente de la poderosa familia de los margraves de Stade. Sobrina de Jutta von Spanheim, antigua maestra de Hildegarda, ingresó en el monasterio poco antes del traslado a Rupertsberg, habiendo sido su madre una de las mayores patrocinadoras de la empresa.

No tardó en surgir entre discípula y maestra una tierna afección, y «la santa le dio a Richardis la más alta muestra de su confianza al hacerla partícipe sin reservas de los sublimes secretos de su corazón y admitirla como compañera y ayudante en su obra».² La joven seguidora se convirtió, por tanto,

en algo más que una hija: una verdadera amiga, una compañera en las tribulaciones.

No obstante, esa dilección debía ser purificada de las manchas del egoísmo humano; y las pruebas enviadas por Dios a Richardis con tal objetivo fueron el preludio de una dolorosa melodía que el futuro reservaba a Hildegarda.

Un inesperado nombramiento

En 1151, una «elección» de dudosa legitimidad puso fin a tan elevada relación. Hildegarda recibió la comunicación de que Richardis había sido elegida para el cargo de abadesa de un convento donde nunca había vivido... Las autoridades eclesiásticas le ordenaban entonces que, obedeciendo a la práctica habitual, autorizara la salida de la monja hacia su nuevo destino: el monasterio de Bassum, en Sajonia.

¿Quién había orquestado tal elección? ¿Y a quién beneficiaría? ¿A la comunidad que elegía para sí a una desconocida? ¿A la joven e inexperta elegida, que ignoraba completamente el arte de lidiar con almas? ¿A los intereses de una familia poderosa y rica, que no necesitaba tales honores? Un caso extraño éste, en el que nobles, arzobispos y hasta el Papa intervinieron contra los propósitos de Hildegarda, a quien antaño habían apoyado con tanto ahínco...

Pues bien, sin comprender las razones que motivaron tal elección, y asistida por una gracia de discernimiento, la santa se sintió en la obligación de defender la vocación de su hija espiritual. Conocía claramente la voluntad divina con respecto a Richardis y, además, sabía que ésta tenía un papel

indispensable en el cumplimiento de su propia misión. Por consiguiente, se negó a obedecer aquella orden.

Hildegarda contraataca

Como la ambición de la madre de Richardis pudiera ser la fuerza impulsora de tal nombramiento, le escribió en un tono duro e incisivo: «La dignidad abacial que deseas para ellas³ ciertamente, ciertamente, ciertamente no es la voluntad de Dios ni compatible con la salvación de sus almas. Por lo tanto, si eres la madre de estas hijas tuyas, ten

apartó a nuestra queridísima hija Richardis de mi consejo y mi voluntad y de los de mis otras hermanas y amigos, separándola de nuestro claustro [...]. Te ruego por aquél quien entregó su vida por ti, y por su nobilísima Madre, que me envíe a mi queridísima hija».⁵

Hildegarda incluso escribió al arzobispo de Maguncia, que bruscamente le había ordenado que permitiera la salida de Richardis: «Estas causas que acerca del derecho de esta doncella se han alegado, ante Dios son inútiles. [...] El Espíritu de Dios dice en su celo: “¡Oh pas-

tores, lamentaos y llorad en este tiempo, porque no sabéis lo que hacéis cuando desparramáis los cargos constituidos por Dios en función de las oportunidades de lucro”». ⁶ Y, en una carta posterior, llegó a anunciarle al prelado su cercana muerte. «El cielo de la venganza del Señor se ha abierto [...]. Pero tú, levántate, porque tus días son breves». ⁷ Después del arzobispado en 1153 —entre otras razones, por malversación de fondos—, falleció pocos meses después de leer la profética misiva.

Haciendo un último esfuerzo, Hildegarda apeló al romano pontífice, pero todo fue en vano: los hombres habían decidido que Richardis debía seguir su camino lejos de ella, a

pesar de que Dios mismo había unido sus vías.

Si bien que el golpe final estaba por llegar. El paso decisivo hacia la separación vendría de quien la santa abadesa menos esperaba: la propia Richardis...

¿Ser un sol o un simple reflejo de él?

Ante una situación tan compleja, Richardis encontró la gran encrucijada



La abadesa le dio a su joven seguidora la más alta muestra de su confianza, compartiendo con ella los secretos de su corazón y haciendo de ella una ayudante en su trabajo

Santa Hildegarda recibe una comunicación sobrenatural en presencia de su confesor y Richardis - Biblioteca Estatal de Lucca (Italia)

cuidado de no convertirte en la ruina de sus almas, pues luego, aunque no lo desees, te lamentarás con amargos gemidos y lágrimas. Que Dios ilumine y fortalezca tu buen juicio y tu alma en el escaso tiempo que te queda por vivir».⁴

También recurrió al arzobispo de Bremen, hermano de Richardis, en términos conmovedores: «Escúchame, postrada a tus pies con lágrimas y quebranto [...]: cierto hombre horrible

jada de su vida: aceptar el cargo de abadesa por amor a sí o renunciar a él por amor a Dios y a su madre espiritual, Hildegarda.

Presionada por todos, y quizá con más impetuosidad aún por los primeros destellos de la ambición, acabó aceptando el cargo. Parece que ya no le bastaba con figurar en el firmamento de la Iglesia como una estrella iluminada por la gloria de Hildegarda... Richardis deseaba brillar por sí misma, ser un sol y no solamente un hermoso reflejo de él.

Así pues, en una despedida que imaginamos dramática, abandonó a su superiora y partió rumbo al monasterio de Bassum.

Lejos de Hildegarda, la muerte

El desconsuelo se apoderó entonces de Hildegarda con una vehemencia inusual, porque su estima por Richardis se basaba en una revelación divina. De hecho, había conocido la misión de su pupila en una visión y Dios las había unido de tal manera que su partida fue como si le hubieran arrancado el corazón: «¡Ay de mí, madre, ay de mí, hija! ¿Por qué me abandonaste como a una huérfana? Amé la nobleza de tus costumbres, tu sabiduría y tu castidad, tu alma y toda tu vida [...]. Ahora que se golpeen en el pecho conmigo todos los que tienen un dolor semejante al mío, los que poseyeron en el amor de Dios tal caridad en su corazón y en su espíritu hacia una persona, como yo la



Una obra incompleta para siempre...

La complejidad de las revelaciones con las que la Providencia iluminaba el espíritu de Hildegarda requería un alma par, capaz de «traducir» tales comunicaciones sobrenaturales en enseñanzas vivas para los siglos venideros. Quien haya entrado en contacto con las obras de esta elocuente doctora de la Iglesia habrá sentido la falta de tal complemento: visiones de difícil comprensión o de sentido inextricable para quien no está habituado a la relación con el Cielo; un lenguaje cautivador, pero a menudo oscuro, alejado de la realidad... ¡Qué diferentes serían esos escritos si hubiera una pluma que los transcribiera, un corazón capacitado que explicitara sus misterios!

A partir de ese lamentable episodio, la vida de Hildegarda nunca volvió a ser la misma. La cruz que cargaba, ya tan pesada por su carácter profético, se volvió aún más penosa. Necesitaba algo tan humano como una amistad que, purificada de todo egoísmo, la auxiliara a cumplir plenamente su llamamiento. Así, el lugar imprescindible de Richardis nunca fue enteramente ocupado...⁹

Que su vida nos sirva, al menos, de ejemplo: en el camino de la santidad, nadie está exento de cumplir una misión junto a sus hermanos bautizados y puede ser que la cruz que hoy nos negamos a llevar se vuelva un peso aún mayor para otras almas en el futuro... ✚

La separación se hizo definitiva, y el lugar imprescindible de Richardis nunca fue enteramente ocupado

Santa Hildegarda - Abadía de Eibingen (Alemania)

tuve contigo; y que de repente les fue quitada, como tú fuiste separada de mí».⁸

Pasaron los meses y el distanciamiento se hizo definitivo..., eterno. Arrepentida de su error y, sin duda, sopesando las repercusiones de su acto —que supondría un obstáculo para el pleno cumplimiento de la misión de su fundadora—, Richardis deseó con lágrimas regresar con ella; sin embargo, la muerte se lo impidió. La abadesa de Bassum falleció el 29 de octubre de 1152. Ni siquiera había transcurrido un año desde su salida de Rupertsberg.

¹ Cf. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. *Scivias*. São Paulo: Paulus, 2015, p. 98.

² HERWEGEN, Hildephonse. «Les collaborateurs de Sainte Hildegarde». In: *Révue Bénédictine*. Abbaye de Maredsous. Año XXI. N.º 1 (1904), p. 305.

³ Santa Hildegarda se refiere a Richardis y a su sobrina Adelheid, también nombrada abadesa de un monasterio.

⁴ SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. «To the Margravine Richardis». In: *The Letters of Hildegard of Bingen*. Oxford: Oxford University Press, 2004, t. III, p. 120.

⁵ SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. «Carta a Hartwig, arzobispo de Bremen, entre 1151 y 1152». In: *Cartas de Hildegarda de Bingen. Epistolario completo*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2015, t. I, pp. 71-72.

⁶ SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. «Carta a Enrique, arzobispo de Maguncia, año 1151». In: *Cartas de Hildegarda de Bingen*, op. cit., p. 100.

⁷ SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. «Carta a Enrique, arzobispo de Maguncia, año 1153». In: *Cartas de Hildegarda de Bingen*, op. cit., p. 102.

⁸ SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. «Carta a la abadesa Ri-

carda de Bassum, entre 1151 y 1152». In: *Cartas de Hildegarda de Bingen*, op. cit., pp. 195-196.

⁹ Hildegarda gozó de la amistad espiritual de varias religiosas y monjes, que la auxiliaron en las mismas tareas hasta el final de sus días; no obstante, en ninguno de ellos la santa vislumbró la predilección divina que se posaba sobre Richardis.



¿Los santos que están en el Cielo interceden realmente por nosotros?

En el mundo egoísta e interesado en el que vivimos, es difícil encontrar un amigo verdadero que esté siempre dispuesto a ayudarnos sin esperar nada a cambio. Incluso, tal vez, tengamos la impresión de que ya no existe ese tipo de persona...

Pero sí, ¡existe! ¡Y son millones! Los santos que están en el Cielo, que participan de la caridad de Dios mismo y están totalmente unidos a Él, sienten por nosotros una bienquerencia que ni siquiera nuestro hipotético mejor amigo nos manifestaría.

Es imposible imaginar a los bienaventurados inmersos en el torrente de las delicias de Dios (cf. Sal 35, 9) y ajenos a la ardua vida de los pobres mortales. En realidad, el fuego del amor divino los impulsa a interesarse por nosotros, como afirma Santo Tomás: «Los santos que están en el Cielo tanto más oran por los viadores [...] cuanto más perfecta es su caridad» (*Suma Teológica*. II-II, q. 83, a. 11).

Como fundamento para la veracidad de esa intercesión celestial, el Doctor Angélico aduce la autoridad de San Jerónimo: «Si los Apóstoles y los mártires, en su vida corporal, cuando aún debían preocuparse por sí mismos, podían orar por los demás, cuánto más después de haber alcanzado la corona, la victoria y el triunfo» (*Contra Vigilantium*, n.º 6: PL 23, 344).

Además, la oración de los bienaventurados tiene «eficacia impetratoria en virtud de sus méritos y de la divina aceptación» (*Suma Teológica*. II-II, q. 83, a. 11, ad 1), pues, habiendo ganado las batallas de la vida, mientras estaban en la tierra «merecieron poder orar por nosotros» (ad 5). ¡Ésa es la unión espiritual entre todos los miembros de la Iglesia!

Pero, podría objetar alguien, ¿para qué recurrir a los santos, si los méritos de Jesucristo ya nos lo pueden conseguir todo? El Aquinate responde luminosamente: «Dios quiere que los seres inferiores sean ayudados por

todos los superiores. Por este motivo nos es preciso implorar el auxilio no sólo de los santos superiores, sino también de los inferiores» (ad 4). Además, «Dios quiere darnos a conocer su santidad» (ad 4), porque, como dice la liturgia en uno de los prefacios de los santos, al coronar los méritos de los justos el Señor exalta sus propios dones.

De hecho, a pesar de que sería absolutamente suficiente recurrir en nuestras oraciones sólo a la misericordia divina, el Sagrado Corazón de Jesús, en su infinita bondad, se complace en hacer a sus amigos (cf. Jn 15, 15) partícipes de su poder mediador. No es como el superior que prefiere emprender él solo las acciones que podría delegar en otros; al contrario, actúa como un jefe bondadoso al que le gusta involucrar en el mando a sus subordinados.

Cuando tenemos que realizar ágilmente un trámite complicado, solemos preguntar a nuestros allegados cuál es la manera más eficaz de conseguir lo que necesitamos, y siempre buscamos una «entrada» o un «padrino» para ese fin. «Quien no tiene padrino, muere pagano», reza un dicho popular. Pues bien, no olvidemos que tenemos miles de «padrinos» en el Cielo, que nos conocen y nos aman. Para ayudarnos, ¡sólo esperan que recurramos a su intercesión! ✠



Tenemos amigos verdaderos, siempre dispuestos a ayudarnos, sin esperar nada a cambio. ¡Y son millones!

Detalle del retablo de Fiesole, de Fra Angélico – Galería Nacional de Londres



La convivencia entre los elegidos en el Cielo empíreo

¡Cuánto nos atrae la idea de una relación perfecta, llena de admiración, bienquerencia y armonía, sin roces ni decepciones! Pues bien, lo que podría ser un sueño en este valle de lágrimas constituye uno de los premios preparados por Dios para los que se salvan.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

El cuerpo es un elemento integral de nuestra persona. El alma no es para el cuerpo como, por ejemplo, éste lo es para la ropa, la cual puede cambiarse por otra sin alterarlo. El cuerpo no es la ropa del alma; cuerpo y alma forman un todo, una sola persona.

Y si alguien va al Infierno —¡Dios no lo quiera!—, la justicia dicta que sea castigado en cuerpo y alma, porque es la persona entera la que peca y, por tanto, debe ser punida. El cuerpo se constituye en instrumento del alma para la mayoría de los pecados, y parece razonable que el instrumento sea punido como castigada es el alma, autora del pecado. Así pues, *contrario sensu*, también el cuerpo merece ser recompensado cuando la persona se salva.

Dios dispuso el Cielo empíreo para que los cuerpos tengan allí su premio. El alma se reunirá con el cuerpo en la resurrección de los muertos, y éste disfrutará de numerosos deleites. Pero, al mismo tiempo, el alma gozará de un deleite aún mayor, y así debe ser, porque, de los dos elementos que constituyen al hombre, es mucho más noble, sin comparación.

Basta pensar en los animales —que tienen cuerpo pero no alma—, y la superioridad del hombre sobre ellos, para comprender hasta qué punto el

alma, espiritual e inmortal, está por encima del cuerpo.

Desde esta perspectiva, se entiende que la felicidad del alma debe ser mucho mayor que la del cuerpo; y no sólo mucho mayor, sino infinitamente mayor. En efecto, el alma ve a Dios cara a cara, y en este trato con Él experimenta una alegría inefable.

Contacto de alma intensísimo y directo

Para formar una idea adecuada de la felicidad de ver a Dios, me sirvo de lo que dice Cornelio a Lápide¹ sobre el deleite de la convivencia de las almas en el Paraíso celestial, la alegría que un alma tendrá al conocer a otra y ser una con otra. A partir de esto —como un remoto, pálido e insuficiente térmi-

no de comparación— podremos tener una noción de cómo es la convivencia del alma con Dios.

El contacto entre las almas en el Paraíso es intenso y directo. Difiere del contacto entre nosotros, en el que cada persona refleja, de alguna manera, estados de alma que se pueden observar, si prestamos atención. Un poco por hipótesis, un poco con certeza —muchas veces sin saber distinguir exactamente la hipótesis de la certeza—, formamos una determinada noción con respecto a la mentalidad, la psicología y la disposición del otro, cómo recibe nuestra conversación y nuestra compañía, y cómo estamos recibiendo nosotros su compañía.

Este contacto de alma que ocurre en la tierra ofrece algo de luz, pero sobre todo presenta sombras. Nos gustaría conocer mucho más. Sin embargo, en el Cielo, las almas se conocen directamente, como si cada una «leyera» a la otra a modo de un libro abierto.

Armonía plena, entre todos

Como todas se hallan en estado de perfección, habiendo sido purificadas, en el Purgatorio, de todos los defectos que tenían en la tierra, la consideración de cualquier alma es sumamente placentera. No existen los inconvenientes que hay en este mundo, donde,

El contacto de las almas en el Paraíso es intenso y directo, como si cada una «leyera» a la otra a modo de un libro abierto

siendo o no buenos psicólogos, nos encontramos de repente, por defecto propio o ajeno, con estados de espíritu incompatibles con los nuestros. Y con esa incompatibilidad viene el desagrado en la convivencia.

A veces, por el contrario, surge una gran armonía con otra alma. Pero se trata de algo pasajero, que asoma unos instantes y luego desaparece. Como mucho, podemos decir: «Si conociera a esta persona más a fondo, en tal vertiente, existiría la probabilidad de que nos entenderíamos muy bien. Y en otras facetas, ¿cómo nos entenderíamos? ¿Igual de bien? Ese aspecto, que se ha manifestado tan fugazmente en ella, ¿qué profundidad, qué sustancia tiene? ¿Quién es esa persona?».

En el Cielo no hay nada de esto. Todos los estados de alma son definitivos. Unos pueden aparecer con más realce, otros con menos, dependiendo de lo que el alma vea en Dios, pero todo es perfecto. Entonces, además del conocimiento total, tenemos el conocimiento de aquello que es plenamente deleitoso, armonioso en sí mismo —no hay contradicción en el interior de esas almas— y armonioso con nosotros.

Como estaremos, mediante la oración y la ayuda de Nuestra Señora, en estado de perfección, jamás tendremos roces unos con otros. Y nos alegraremos de ver a este, a aquel, a tal otro, como una perpetua fiesta de conocimiento, reconocimiento y profundización. Y esta alegría —que aún no es ni de lejos el gozo de ver a Dios cara a cara— podemos imaginarla si consideramos que nos encontraremos en el Cielo con aquellos que fueron nuestros conocidos en la tierra y que nos ayudaron, o a quienes ayudamos, a hacer el bien.

Convivencia en la que se aman las desigualdades

Ésa es la verdadera convivencia, en la que la envidia, el odio, el desagrado por las desigualdades no existen; en la que el mayor llena al menor de contento y satisfacción.

Hace algún tiempo, cuando circulaba por una carretera de São Paulo, me vino una idea muy pasajera de esa realidad. En cierto tramo hay una enorme plantación de eucaliptos, que pertenece a una empresa papelera, y en un sitio determinado existe un pequeño humedal por donde discurre un riachuelo; el terreno es un tanto pantanoso y la plantación se abre un poco. Paso por allí con frecuencia, y de vez en cuando el viento sopla de una forma curiosa, quizá en remolino, dando la

impresión de que aquellos árboles hacen reverencias unos a otros.

Al ver esos eucaliptos, pienso en la armonía existente en el Cielo entre personas que aprecian las virtudes mutuas y se reverencian. Incluso la mayor hacia la menor, porque todo ser humano, por muy alto que sea, debe amar y respetar a su igual, pues éste está hecho a imagen y semejanza del Creador. Pero también porque todo hombre es único en algún aspecto. Y en el Cielo se conoce lo que uno posee de irrepetible. Por lo tanto, en el acto de conocer, hay un gozo especial de hacer referencia a Dios, comprendiendo lo que Él ha querido realizar allí.

Todo esto hace de la convivencia de alma a alma un deleite que no podemos llegar a tener idea en esta vida.

Variedad deleitable de sabores espirituales

Un aspecto de las relaciones terrenales puede ayudarnos a entender un poco ese deleite. Hay personas que son expresivas; es decir, expresan lo que sien-

En el Cielo nos alegraremos de ver a este o aquel como una perpetua fiesta de conocimiento, reconocimiento y profundización



Detalle de «Todos los santos», de Jean Colombe - «Libro de horas de Louis de Laval», Biblioteca Nacional de Francia (París)

Reproducción



El Dr. Plinio en agosto de 1991; en la parte superior de la página y en el destacado, obras de Fra Angélico: «La Virgen María con los Apóstolos y otros santos» - Galería Nacional de Londres; Santo Domingo - Museo Nacional de San Marcos, Florencia (Italia)



Reproducción

ten. Algunas son agradablemente expresivas. Otras son desagradablemente expresivas, a veces sin culpa propia.

Es muy deleitable entrar en contacto con una persona que se expresa bien, sobre todo cuando se percibe no sólo el significado claro de la palabra, sino la armonía, la consonancia de toda su personalidad con aquello que está diciendo.

Se podría afirmar que el que tiene esa aptitud está para quien se expresa de manera teórica y sin otras refracciones fuera de sí mismo, como el que canta está para quien simplemente habla.

Ahora bien, en el contacto de los hombres entre sí en el Paraíso —especialmente con los ángeles, con María Santísima y con Nuestro Señor—, notaremos eso, porque todo transcurrirá de manera perfecta y agradabilísima; no habrá, pues, un solo contacto que no sea verdaderamente magnífico.

En los esplendores del Cielo, si viéramos pasar, por ejemplo, a San Gre-

*También se nos
dará contemplar
en cada santo
todas sus virtudes,
especialmente
aquellas que más
practicó en la tierra*

gorio VII, radiante de gloria —como lo estaba cuando el emperador Enrique IV se arrodilló ante las puertas del castillo donde se encontraba el Papa, para pedir perdón—, nos daremos cuenta de todas las formas de santidad que había en él, incluida la santa cólera que lo animaba en ese momento.

No podemos imaginar, por tanto, un Cielo endulzado. Dulce, sí; dulzón, no. Con una variedad deleitosa de sabo-

res —sabores espirituales, por supuesto— mediante la cual todos los estados virtuosos del alma, desde la más atenta indagación reflexiva hasta el arrobamiento, desde la cólera más angelical hasta la serenidad más diáfana y tranquila, se dejarán sentir en las diversas almas, sobre todo en aquellas cuya virtud fue más intensa en la tierra.

Hay un cuadro de Fra Angélico, que me gusta mucho, que representa a Santo Domingo estudiando. Para realzar la pureza del santo, el artista pintó a un hombre adulto, pero con la inocencia de un niño, sentado, con una mano en la barbilla, leyendo un libro colocado sobre sus rodillas. Pues bien, en el Cielo podremos contemplar en Santo Domingo todas las virtudes que allí se reflejan.

Encuentro con Santo Tomás de Aquino

Qué hermoso sería, por ejemplo, ver a Santo Tomás de Aquino en vida reflexionando profundamente sobre un tema, y su espíritu poderoso buscando la verdad.

Podemos imaginarlo —tras haber levantado soberbias cordilleras de pros y contras, pensar y decir que no conseguía resolver la cuestión— arrodillándose ante el sagrario, haciendo una profunda genuflexión, y con los ojos puestos en la mediación de Nuestra Señora,



abriendo el tabernáculo y metiendo la cabeza dentro, para reflexionar y encontrar la verdad. ¡Qué cosa tan magnífica! ¿Cómo sería su frente venerable?

Viendo pasar a Santo Tomás en el Cielo, ¡notaremos todo eso! Y comprenderemos el gozo que esta consideración puede darnos. Sobre todo si nos sonríe y nos dice: «Tú estabas en una reunión en São Paulo, donde todos pensaban en mí con la cabeza puesta en el sagrario, ¿verdad? En aquel momento, ¡recé por ti en el Cielo!».

Cuán grato será para nosotros ver que somos conocidos por Santo Tomás, quien, estando ya en el Cielo, nos protegió cuando estábamos en la tierra. Podemos imaginar los primeros encuentros en el Cielo y la alegría de esa forma de convivencia.

Una orquesta deslumbrante

También quisiera decir algo con respecto a la convivencia con los ángeles, que es otra forma de acercarnos a una idea de lo que es la visión de Dios cara a cara.

Los ángeles conocen perfectamente las almas de los bienaventurados y éstas los conocen como conocen lo que sucede en otras almas. Y en esa cognición ven la perfección de cada uno de ellos.

Resulta que el ángel, como ser espiritual, es simplicísimo y tiene una nota dominante que lo define. Entonces podríamos decir que hay un ángel de la pureza, otro de la valentía, otro de la fortaleza, otro de la sabiduría, otro de la templanza, y así sucesivamente; e imaginar las diversas virtudes en sus mil y una modalidades posibles, y los ángeles reflejándolas de un modo muy acentuado.

De manera que al considerar a los ángeles en su conjunto tendríamos un panorama de todas las virtudes en su

*La convivencia
armónica de las
almas en el Paraíso
es más preciosa
que los deleites
materiales del
Cielo empíreo*

conjunto. Y reflexionando sobre los ángeles según se relacionen entre sí, no esquemáticamente, sino a través de los movimientos de lo que sucede en el Cielo, tendríamos una imagen de conjunto de una orquesta asombrosa, que interpreta una partitura improvisada a cada momento.

Así, las distintas virtudes se entrelazan, se desenredan, se agrupan y se reagrupan, pero con una plenitud y una fuerza de personalidad y de afirmación que nosotros, simples criaturas terrenales, en absoluto imaginamos. Un solo ángel ya nos dejaría deslumbrados. Para hacernos una idea de ello, basta decir que si conversáramos solamente con un ángel durante un millón de años, experimentaríamos la sensación de que aún tiene algo nuevo que contarnos.

Los ángeles son mucho más numerosos que los hombres; debemos ocupar el lugar que dejaron los ángeles malditos cuando cayeron en el Infierno. Vislumbraremos así cómo será la convivencia duradera y admirable con esa incontable cantidad de ángeles. Será un mar de delicias.

Contacto de las almas en el Paraíso

Supongamos que pudiéramos viajar a tierras lejanas. Lo más agradable, sin

duda, sería conocer lugares con diversos entornos geográficos y paisajes, donde hubiera personas variadas con las que nos entenderíamos, todas buenas, pero, sobre todo, con distintas formas de belleza y de bondad, de modo que armonizáramos con todas ellas. Esa variedad combinada, de personas y entornos, constituiría un placer muy grande.

Pero imaginemos que alguien le dijera a uno de nosotros: «Tienes que elegir entre dos formas de turismo: visitar diferentes lugares del mundo, vacíos y sin gente; o ir a un sitio donde, en todo momento, te aparezcan personas de distintas partes del orbe, perfectísimas y buenísimas, con sus trajes regionales, su espíritu, su lengua, y cada una de ellas con una prosa excelente».

¿Qué preferiríamos? ¿Los lugares vacíos o las personas? Personas, por supuesto. Pues, por muy excelentes que sean los paisajes, la parte más importante del hombre es el alma, y *similis simili gaudet* —lo semejante se alegra con lo semejante—, el alma se regocija en el contacto con otra alma. ¡Evidentemente!

La convivencia de las almas en el Paraíso es más preciosa y más valiosa que el contacto con la materia del Cielo empíreo, a pesar de su magnificencia y de todas sus otras maravillas; todo eso es poco con respecto a la incomparable armonía de las relaciones que tendremos en el Cielo. ✦

Extraído, con adaptaciones al lenguaje escrito, de: *Conferencia*.
São Paulo, 9/1/1981.

¹ Cf. CORNELIO A LÁPIDE. «Ciel». In: *Les trésors de Cornélius a Lapide*. 4.^a ed. Paris: Poussielgue Frères, 1876, t. I, pp. 289-291.

Virgen sabia y aguerrida

Despreciando los títulos temporales en favor de los eternos, Santa Catalina se enfrentó a los enemigos de la fe, resistió en las disputas, sufrió la prisión, conservó su virginidad y se mantuvo firme en sus convicciones.



✠ Hna. Juliana Montanari



Saalko (CC by 3.0)

Santa Catalina de Alejandría,
de Pietro Nelli - Museo Bonnefanten,
Maastricht (Países Bajos)

«**L**a preferí a cetros y tronos y a su lado en nada tuve la riqueza. No la equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro ante ella es un poco de arena y junto a ella la plata es como el barro. La quise más que a la salud y la belleza» (Sab 7, 8-10).

Muchas mujeres se caracterizan por su tendencia a la vanidad, a la superficialidad, a la codicia y al deseo de influir. No son tantas las que buscan destacar por su conocimiento, por la penetración de los misterios, por la adquisición de una inteligencia singular...

Conozco la historia de una, privilegiada por su incomparable hermosura y poseedora de gran influencia gracias a su noble origen y a las riquezas de las que disfrutaba. Sin embargo, no presta-

ba atención a eso; su verdadero anhelo consistía en comprender las ciencias. Y le era fácil conseguir lo que ambicionaba: además de estar dotada de una rara capacidad intelectual, había nacido y vivía en una ciudad ilustre por su cultura, sede de filósofos inmortales.

El Rey de reyes desposa a una princesa en Egipto

Natural de Alejandría (Egipto), Catalina era hija de un rey pagano, Costos de Chipre.¹ Su belleza, porte majestuoso y erudición la hacían conocida por todos. Desde su infancia se dedicó con ahínco a los estudios y fue «muy instruida en todas las disciplinas de la retórica y la filosofía, la geometría y otras ciencias».² Pero nada de esto la satisfacía. Su espíritu penetrante discernía la vacuidad de tales conocimientos y percibía que faltaba una «piedra angular» que les diera su razón de ser.

Un día tuvo una visión: una mujer llevaba en brazos a un niño encantador y le pedía que aceptara a Catalina entre sus siervos. No obstante, el infante se negaba. A pesar de la fuerte impresión que le causó, Catalina no lograba comprender el significado más profundo de la escena.

Continuó sus estudios hasta que supo de la doctrina de los discípulos

Instruida en las ciencias de su tiempo, discernía lo vacío de todas ellas, y percibía la falta de una «piedra angular» que les diera su razón de ser

de Jesucristo, que cautiva por completo su corazón. Todo le encanta y, con cada nuevo descubrimiento, más aumenta su sed de aprender, siempre acompañada de una celestial satisfacción. «Catalina es cristiana de corazón antes de recibir el bautismo».³

La visión que había tenido cobra entonces sentido, y entiende que de nada valían toda riqueza y ciencia del mundo si no gozara del beneplácito del divino Niño. Al cabo de un tiempo, la aparición se repite; pero esta vez Jesús infante lleva una alianza en sus manos y, con gran afecto, desposa a la joven ante la corte del Paraíso.

Gran polemista, mujer invencible

A principios del siglo IV, tras la abdicación de Diocleciano y Maximiano, Maximino Daya, originario de Daza, pasó a ser el gobernador de Siria y Egipto como César. Su crueldad no era menor que la de sus predecesores: derramar sangre y profanar doncellas era su lema.⁴

Al asumir el gobierno, emitió un decreto ordenando a todos los habitantes de Alejandría que ofrecieran sacrificios a los dioses, bajo pena de un castigo severo e inexorable. Obsesionado con la idea de ver a sus súbditos adorar ídolos y a todas las vírgenes y nobles matronas rendirse a sus torpes pretensiones, Maximino se sirvió de los tormentos más crueles: unos eran arrojados en hornos, otros echados a las fieras o precipitados al mar, muchos terminaron en el calabozo después de ser violentamente mutilados en refinadas máquinas de suplicio.⁵ La atmósfera en la capital se oscurecía cada vez más con el humo de tales holocaustos y nadie se atrevía a frenar los deseos bestiales de aquel tirano. Nadie, excepto Catalina.

Impulsada por el fuego de su amor, asistía, animaba y fortalecía a sus hermanos en la fe. Considerando que



Santa Catalina discutiendo con los filósofos - Museo Nacional de Baviera, Múnich (Alemania)

Más que en su propia erudición, se apoyaba en la promesa del Salvador: «en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir»

tales obras aún eran insuficientes, no tardó en presentarse en el palacio del gobernador para defender la religión vilipendiada.

Al ser informado de que una virgen aristócrata deseaba hablar con él, Maximino supuso que se trataba de una doncella más que caería en sus garras. Al verla, fascinado por su hermosura y nobleza, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Mi origen es bien conocido en Alejandría. Me llamo Catalina, y mis padres provienen del más ilustre linaje.

Dedico todo mi tiempo al conocimiento de la verdad y, cuanto más estudio, más me convengo de la fragilidad de los ídolos que adoráis. Soy cristiana y lo hago todo para ser esposa de Jesucristo. Mi único deseo es que lo conozcáis, y todo vuestro imperio con vos. Lo que profesáis no es más que superstición.

Profundamente herido en su orgullo e incapaz de conjeturar una respuesta, el gobernador ordenó reunir a cincuenta filósofos de renombre para discutir con ella.

Podemos imaginar que esa fue una ocasión en la que la debilidad humana se hizo sentir... Pero también fue el gran momento en el que la combatiente elevó una súplica confiada a aquel por quien luchaba. Por eso, se cuenta que un ángel se le apareció y le dijo: «No temas. Convencerás a los cincuenta filósofos y a un gran número de los que asistirán a la discusión. Les harás conocer a Nuestro Señor Jesucristo y conquistarás la palma del martirio».⁶

Fortalecida por el mensajero celestial, Catalina se presentó ante los renombrados eruditos y el gobernador, que allí estaba azuzado por la curiosidad. Tomando asiento entre ellos, refutó uno por uno todos sus argumentos sutiles y falaces. Más que en su propia erudición, se apoyaba en la promesa del Salvador: «Os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros» (Mt 10, 18-20).

Maximino, inicialmente, se quedó paralizado por la estupefacción. Luego



«Martirio de Santa Catalina de Alejandría», de Neri di Bicci - Museo de Arte de Cataluña, Barcelona (España)

Enfurecido al no conseguir que la noble renegara de su creencia en el verdadero Dios, Maximino, una vez más, se ve derrotado por un milagro

les ordenó a los sabios que expusieran una argumentación más contundente, pero se vieron vencidos por Catalina y acabaron reconociendo la existencia de un único Dios verdadero, diciendo: «Firmaremos esta verdad con nuestra propia sangre, si es necesario». Y terminaron siendo arrojados al fuego y conquistando, por el martirio, el Reino de los Cielos.

La debilidad se alía con la confianza

Pero la epopeya de la princesa no había concluido. Las actas de los mártires narran que fue echada a un calabozo.⁸

Su resistencia, serenidad y ardor eran más elocuentes que cualquier

palabra que saliera de sus labios. En este último período de su vida, todavía atrajo a muchas personas al seno de la Iglesia, entre ellas a la emperatriz y a Porfirio, jefe de una legión, con doscientos soldados.

Enfurecido después de haber intentado por todos los medios persuadir a aquella noble a apostatar de su creencia en el verdadero Dios y comprobar su inflexible convicción, Maximino la condenó al suplicio en una máquina compuesta de cuatro ruedas con dientes de hierro, diseñada para despedazar a la víctima.

Al escuchar la sentencia, podemos conjeturar que, una vez más, el Señor permitió que su sierva sintiera temor. Es verosímil imaginar a Catalina de rodillas, implorando fuerzas en esa situación. Sin duda, su mayor recelo era que, ante la tortura, muchos cristianos se acobardaran y vacilaran.

Ha llegado el momento. Atada al cruel instrumento, con la mirada probablemente fija en el Cielo, el sayón se acerca para iniciar la ejecución. Sin embargo —¡oh, milagro!—, un ángel acude y destroza la máquina, cuyos fragmentos hieren mortalmente a los propios verdugos.

El instinto bestial de Maximino ya no podía tolerar la existencia de aquella virgen que tanto lo había humillado. En un arrebato de ira y furor, ordena que la decapiten sin demora.

La heroína camina con gran serenidad hacia el lugar indicado para su muerte. Momentos después fue ejecutada y su alma voló al encuentro del Esposo, que la esperaba con los brazos abiertos.

Un cuerpo casto protegido por los ángeles

Cuentan las crónicas que de su cuello, en vez de verter sangre, brotó leche, lo que muchos interpretan como signo de su virginidad fecunda, es decir, la maternidad espiritual que Santa Catalina ejerce sobre un gran número de almas.

La tradición aún conserva el hecho de que los ángeles recogieron su cuerpo, lo trasladaron al monte Sinaí y allí lo enterraron. En efecto, ese cuerpo casto no debía ser tocado por manos manchadas por el pecado. Sólo lo portarían los espíritus celestiales, con quienes, por la virtud de la pureza, Santa Catalina poseía entera consonancia.

Aunque estos dos episodios no estén históricamente comprobados,

nuestra devoción puede aceptarlos de corazón. Ciertamente es que, para autenticar la fidelidad de su sierva, si Dios no obró estas maravillas, realizó otras aún mayores, pues siempre supera cualquier imaginación humana.

En el siglo XI las reliquias de su cuerpo fueron trasladadas a Ruan (Francia) y hasta hoy exhalan una dulce fragancia.

¿Por qué la princesa de Alejandría se habría «dirigido» a la nación hija primogénita de la Iglesia? Quizá porque, al llegar a la eternidad, su misión no había hecho más que empezar...

La misión celestial de Santa Catalina

Despreciando los títulos temporales en favor de los eternos, Santa Catalina se enfrentó a los enemigos de la fe, resistió en las disputas, sufrió la prisión, conservó su virginidad y se mantuvo firme en sus convicciones. El Señor quiso concederle recompensas por la victoria alcanzada, y una de ellas fue constituirla auxiliadora de almas vírgenes y heroicas que enfrentarían situaciones similares.

Cabe recordar, al menos de paso, su actuación junto a Santa Juana de Arco. Acompañando al arcángel San Miguel y a Santa Margarita, la mártir de Alejandría se le aparecía e instruía a la doncella de Domremy en el cumplimiento de su altísima misión de salvar a Francia. Fue Santa Catalina quien mostró a la heroína francesa la espada escondida que debía usar en el campo de batalla. También fue ella la que le reveló cómo sería herida y capturada por los ingleses; y en varias ocasiones la animó en las pruebas, especialmen-

te cuando Juana se lanzó desde la torre en la que estaba prisionera.

Santa Juana de Arco guardaba un anillo como recuerdo de su padre. Su gloriosa protectora lo besó y, a partir de entonces, la *Pucelle* lo conservó como reliquia muy preciada. Este mismo anillo aún hoy se venera en Francia.

¿Qué más hará?

El nombre ya lo dice: eternidad es eternidad. Así, por más que Santa Catalina de Alejandría lleve siglos en el Cielo, su historia y su misión no han hecho más que empezar...

Si tan extraordinarias son las obras que ya ha realizado en favor de sus devotos y de la gran salvadora de Francia, ¿qué más le tiene reservado Dios de aquí en adelante?

Sus gracias no se han agotado, su poder de intercesión no ha menguado.

No dudemos en invocarla en las dificultades, sobre todo si estamos defendiendo el bien y la verdad, la virtud y el nombre de Dios y de su Iglesia. No hay duda de que Santa Catalina de Alejandría vendrá en nuestra ayuda con el brillo y la pujanza que siempre la han caracterizado. ✚

*Los ángeles
cogieron su cuerpo
y lo enterraron en el
monte Sinaí. Aquel
casto cuerpo no lo
tocarían manos
manchadas de pecado*



«Decapitación de Santa Catalina de Alejandría», de Lorenzo Monaco - Gemäldegalerie, Berlín

¹ Cf. PEREIRA, Ney Brasil. *Santa Catarina de Alexandria*. 2.ª ed. Florianópolis: [s.n.], 2015, p. 20.

² SIMEÓN METAFRASTA. *Martyrium Sanctae Catharinae*, n.º 5: PG 116, 279-282.

³ GONZÁLEZ VILLANUEVA, Joaquín. «Santa Catalina de Alejandría». In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José

Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2006, t. XI, p. 606.

⁴ Cf. *Idem*, p. 608.

⁵ Cf. *Idem*, pp. 608-609.

⁶ ROHRBACHER. *Vida dos Santos*. São Paulo: Américas, 1961, t. XX, p. 241.

⁷ *Idem*, p. 242.

⁸ Cf. GONZÁLEZ VILLANUEVA, op. cit., p. 610.



Inolvidables tardes con Dña. Lucilia

Una lesión física sufrida por el Dr. Plinio, en 1967, dio ocasión a que Dña. Lucilia fuera conocida más de cerca por Mons. João, en una admirable convivencia que perfumó los últimos días de su vida.



João S. Clá Dias

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Las incontables facetas morales de la madre ideal estaban en Dña. Lucilia al alcance de la observación de todos, invitándolos a formar parte de aquellos «mil hijos» que su corazón rebosante de benevolencia anhelaba.

Quien ha tenido la felicidad de frecuentar su residencia, conviviendo con Dña. Lucilia durante los últimos meses de su existencia terrena, mucho ha podido apreciar el alto grado de consideración, gentileza y estima inherentes a su noble trato, incluso en sus más sencillas expresiones. De índole respetuosa y afectiva, era maestra en el difícil arte de dirigirse a los otros con afable dignidad, de modo que siempre se sintieran a gusto.

Gracias a un muy apreciable don de *causerie*¹, que había heredado y refinado, al cual se añadía un suave *savoir-faire*², resultaba muy agradable para quienes la escuchaban. No obstante, detrás de estas excelentes cualidades había una virtud más alta: la disposición de oír, con incansable paciencia, todo aquello que los demás le quisiesen exponer, buscando siempre el lado bueno de los hechos narrados y, especialmente, el de sus interlocutores. Es raro encontrar, sobre todo en los días de hoy, a alguien que esté

dispuesto a relacionarse de esa manera con sus visitantes.

La felicidad del prójimo era la suya

Por un sobrenatural sentido de compasión, le causaba un profundo sufrimiento ver a alguien entristecido o atribulado, aunque se tratase de un desconocido. Y era admirable el esmero con que enseguida intentaba aplicar el lenitivo de la palabra justa, de la fórmula adecuada, del buen consejo ante una situación difícil, del consuelo para el dolor, de la limosna para la necesidad. Para Dña. Lucilia, la felicidad del prójimo era la suya...

Su alma se movía por el deseo de contentar a cada uno, y de ahí su gran pesar cuando no podía hacerlo. Era el afecto de un corazón total y esencialmente católico. La alegría de su alma consistía en querer bien a los otros por amor a Dios y ser querida por ellos. Sin embargo, cuando su bienquerencia no era correspondida, jamás cedía al menor sentimiento de rencor, pues no pretendía ningún beneficio personal o ventaja propia en esas relaciones.

De estas bellas características de trato, dan testimonio varias personas que estuvieron con Dña. Lucilia aquellas tardes de sus últimos cinco meses de vida. Fueron objeto de una afabilidad

que iba invariablemente acompañada de una simpatía benévola y obsequiosa.

Nuevos hábitos cambian la rutina de la casa

Acostumbrada desde hacía mucho tiempo a un aislamiento diario y prolongado, en que nada rompía su rutina, Dña. Lucilia comenzó, de repente, a oír en su casa ruidos, voces, pasos que no le eran familiares. Su teléfono, antes más bien silencioso, empezó a sonar repetidas veces a lo largo del día. Igualmente, el timbre de la puerta de entrada de ahí en adelante se hizo oír con mayor frecuencia...

Las circunstancias de la larga convalecencia del Dr. Plinio hicieron indispensable establecer un turno de guardia, con alguien de cierta diplomacia, que se ocupase de los eventuales problemas que pudieran surgir. Era un verdadero sistema de relaciones públicas, algo que Dña. Lucilia, a su avanzada edad, jamás podría haber imaginado. Por eso, se sintió en la obligación de interesarse directamente por lo que pasaba.

Una inolvidable invitación, a la que siguieron otras

Nada más comenzó la convalecencia del Dr. Plinio, el autor de estas líneas, entonces joven, tuvo la dicha de ser elegido para ocuparse del servicio de guardia es-

tablecido en su residencia. Un día, acababa de atender una llamada telefónica cuando oyó el sonido de una campanita procedente del comedor. Poco después le llegaban los ecos de un breve diálogo entre Dña. Lucilia y su empleada:

—Sí, señora, ¿me ha llamado?

—¿Quién ha telefoneado?

—No lo sé, Dña. Lucilia. Ha sido un señor el que ha contestado.

—¿Quién es ese señor?

—No lo sé. Por lo visto, ha venido a visitar al Dr. Plinio.

—Prepara un té para ese señor y para mí, pues voy a invitarlo a que me acompañe hasta que el Dr. Plinio se despierte.

Una vez que la criada se retiró, Dña. Lucilia continuó sus oraciones. Era comprensible que, como dueña de la casa y dotada de un profundo sentido de la responsabilidad, se sintiese en la obligación de atender a quienes visitaban a su hijo.

Poco después volvió a sonar la campanita y la empleada, al asomarse a la puerta, oyó de Dña. Lucilia:

—¿Quieres decirle a ese señor que haga el favor de entrar?

Tan pronto como entró, Dña. Lucilia lo saludó de manera acogedora, y así introdujo la conversación:

—Seguramente usted está esperando a Plinio, ¿no? Quería decirle lo siguiente: él tiene unos amigos que lo aprecian mucho y a veces lo invitan a pasar unos días juntos en una finca, cerca de Amparo. ¿Y sabe qué? Estando allí, Plinio caminaba por un terreno irregular y muy pedregoso, cuando se torció el pie. Sus amigos lo socorrieron enseguida, pero los médicos que lo examinaron después le recomendaron mucho reposo...³

Tras esta explicación, Dña. Lucilia, con su arte de dejar al visitante enteramente a gusto, prosiguió:

—Por ese motivo, Plinio todavía va a tardar un poco en atenderle, de manera que va a tener que esperar más de lo que imaginaba... Pero mientras tanto, me dará el placer de su compañía. ¿Le apetece tomar un té?

—Por favor, no se preocupe.

—Tal vez no le guste el té y prefiera café con leche, o cualquier otra cosa...

Al joven le fue imposible negarse. Doña Lucilia tocó entonces la campanita y le pidió a la criada que trajese té y galletas.

Esta escena —evocativa de la antigua *douceur de vivre*⁴— en adelante se repetirá todos los días. Doña Lucilia empleará, cada vez, aquel invariable y delicado modo de acoger.

Añorados meses

Llevaba la conversación con sencillez y encantadora gentileza. Desde la cima de sus 91 años, no pretendía hablar de sí misma, de sus dificultades pasadas o presentes. Había un determinado momento en el que hacía una sugestiva pausa, muy noble, muy distinguida, dándole la oportunidad a la persona que se encontraba delante de ella de iniciar algún tema, pues estaba siempre dispuesta a conversar sobre lo que el otro quisiese. Era una excelente ocasión para apreciar el modo armonioso con el que abordaba los asuntos. Lo hacía de manera que atendía, sobre todo, los legítimos deseos del visitante.

En aquellas dichosas e inolvidables conversaciones con Dña. Lucilia era frecuente que el visitante le preguntase algo respecto a sus hijos, por el extremo gusto de oírla hablar acerca de episodios de la vida familiar. Un tema que, por cierto, si no le fuese propuesto, jamás tomaría la iniciativa de ni siquiera insinuar.

Añorados meses aquellos, durante los cuales fue posible conocer un buen número de hechos de la larga existencia de Dña. Lucilia, narrados directamente por ella. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 623-632.

¹ Del francés: conversación amena.

² Del francés, literalmente: saber hacer. Expresión con que el espíritu francés designa la habilidad para obtener buenos resultados en lo que se hace.

³ Debido a su avanzada edad, a Dña. Lucilia se le ocultó el verdadero estado del Dr. Plinio, acometido por una grave crisis de diabetes.

⁴ Del francés: dulzura de vivir.

No hablaba de sí misma o de sus dificultades; estaba siempre dispuesta a conversar sobre lo que el otro quisiese

En la página de al lado, Dña. Lucilia en marzo de 1968; abajo, la mesa preparada para el té en el comedor de su piso



Leopoldo Remigio



ALMG

Brasil, Belo Horizonte – La Asamblea Legislativa del estado de Minas Gerais rindió homenaje «in memoriam» a Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, concediéndole, el 16 de septiembre, la medalla de la Orden del Mérito Legislativo. Se trata de la más alta condecoración de la casa parlamentaria, otorgada a personas e instituciones que se han distinguido por iniciativas de relevancia pública. En esa ocasión, el fundador de los Heraldos del Evangelio estuvo representado por el P. Alex Barbosa de Brito, EP.

Fotos: José Lucas Guimarães



Brasil, Estado de São Paulo – En septiembre, los Heraldos del Evangelio animaron la solemne eucaristía en honor de la patrona de la basílica de Nuestra Señora de Belén, de Itatiba, a la que siguió la coronación de la imagen (foto 3); así como la misa y procesión de la fiesta de Nuestra Señora de Copacabana, en la parroquia dedicada a Ella en Pinhalzinho (fotos 1 y 2). Ambas celebraciones fueron presididas por Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista.

Fotos: Rafael Miranda



Brasil, Brasília – Con motivo de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre, en la parroquia de Jesús Buen Pastor se llevó a cabo la bendición e imposición de la cinta del Apostolado de la Oración. Asistieron a la ceremonia el vicepresidente de la nación, Geraldo Alckmin, y su esposa, Maria Lúcia Alckmin.



Fotos: Ricardo Castelo Branco

Italia – El 30 de agosto, una nueva y emotiva ceremonia de consagración como esclavo de amor a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignon de Montfort, tuvo lugar en Roma, esta vez en la basílica de San Crisógono, del Trastévere. Además de fieles de la Ciudad Eterna, el acto congregó a devotos de María de las ciudades de Génova, Verona, Venecia, Milán y Nápoles, así como de Umbría, Abruzzos y Sicilia.



Fotos: Xavier Jacob

Stefano Pigliacelli

Paraguay – Miembros de los Heraldos en este país animaron las celebraciones en honor de la patrona de la catedral de Benjamín Aceval, Santa Rosa de Lima, el 29 de agosto (fotos 1 y 2). El 7 de septiembre, participaron en la procesión y misa en alabanza a la Santísima Virgen en la parroquia de la Natividad de María, de la localidad de Quyuquyhó, departamento de Paraguarí (foto 3).



Fotos: Francisco Tobón

Estados Unidos – Cuatrocientas cincuenta personas participaron en el retiro realizado por los Heraldos del Evangelio el 31 de agosto en las instalaciones de la iglesia del Buen Pastor, de Miami (fotos 1 y 2). El 6 de septiembre, los fieles de esa misma parroquia se reunieron para la ceremonia del primer sábado de mes (foto 3).



El católico sólo puede ser un héroe

La valentía de los católicos de hoy ya no puede ser la de las épocas pasadas... Ha de ser mayor, ha de ser completa, ha de multiplicarse por sí misma. Ha de convertirse en heroísmo.



✠ Rubén Manuel Cunha Guimarães

Para ser católico hay que ser un héroe. Pero, cuántas veces, para ser un héroe hay que ser católico.

El primer principio, todo católico lo constata en el enfrentamiento de sus primeras batallas espirituales. No obstante, para verificar el segundo, remontémonos a algunos acontecimientos que sucedieron en los primeros meses de la Gran Guerra (1914-1918).¹

La iglesia en ruinas...

El sable del coronel, con un golpe rápido y seco, corta la bruma matutina, aún teñida por el sol que nace sobre un campo devastado, un cementerio de hombres y edificios. El pelotón detiene su marcha ante la orden muda que brilla en la lámina del oficial.

—¿Algún sacerdote de buena voluntad? —solicita el comandante.

El P. Duroy sale del bloque:

—¡Presente!

A la izquierda del grupo, una iglesia seguía en pie, incluso después de los intransigentes bombardeos del día anterior. El regimiento francés y el templo eran, en aquel campo de batalla de 1914, los únicos que habían sobrevivido a la artillería alemana.

Una vez más, la voz del oficial se levanta en medio de las ruinas:

—¿Quién quiere oír misa?

Se alzan todos los brazos. Se movilizan las almas.

De repente, ¡un estruendo! Varios obuses caen a poca distancia. Su metralla se cobra dos vidas y deja nueve heridos. Es el toque de llamada para el santo sacrificio. El regimiento invade la iglesia.

Empieza la misa, resuena el armonio y se elevan los cánticos. El templo tiembla. No sólo por las voces de los mil doscientos soldados ya bautizados, no sólo por las aguas regeneradoras, sino por el fuego de la víspera y los proyectiles que impactan cada vez más cerca. Pero la infantería no se estremece: ayer se enfrentaron a la muerte, hoy están en frente de la Vida; y la Vida susurra a sus almas gritos

más imperiosos que los gruñidos aterradoros de la muerte que regresa.

La voz del predicador retumba en el santuario. El cañón prusiano, sin saberlo, la respeta y cesa sus salvajes por un momento:

—Dios, que nos pide que suframos y muramos, nos da, con la prueba, y más fuerte que ella, la alegría sobrehumana de haber sido elegidos para ser héroes. Id a la muerte por Francia con una oración en los labios y la fe en el corazón. Caer por la patria no es morir; es tomar por asalto la vida eterna.

Una vez terminado el sermón, las notas del *Credo* resuenan poderosamente por las bóvedas. Y el templo vuelve a temblar: las bombas enemigas también cantan. La misa prosigue con solemnidad... La tropa comulga y eleva al Cielo, cual incienso mezclado con pólvora, su acción de gracias.

Finalmente, el sacerdote soldado traza la señal de la cruz en el aire y pronuncia la bendición. Dentro de las paredes sagradas, en constante sacudida, se oye ahora el tintineo de las bayonetas que coronan los fusiles. El ejército se prepara en su nuevo cuartel general.

«Dios, que nos pide que suframos y muramos, nos da, con la prueba, y más fuerte que ella, la alegría sobrehumana de haber sido elegidos para ser héroes»

Unos soldados oyen misa en una capilla bombardeada de Dommartin (Francia)

... y el Santísimo en peligro

Pero de pronto todo se detiene. Una tempestad de hierro azota las bóvedas, que se tambalean, se resquebrajan y se derrumban. Todos salen corriendo hacia afuera. Sólo el P. Duroy, aún con la casulla por encima del uniforme, permanece en el edificio sagrado. Un teniente le advierte del peligro que se cierne sobre su cabeza:

—¡No! —exclama el sacerdote señalando el sagrario— Mi deber es salvar el Santísimo Sacramento.

Diciéndolo y haciéndolo, se dirige al tabernáculo. El fondo del santuario se viene abajo con un inmenso fragor. No se da por vencido. Grandes piedras caen delante de él y se interponen entre el divino General y su soldado. Pero sigue adelante. Y su ejemplo arrastra:

—Espere, padre —gritan algunos guerreros que regresan a la iglesia—, ¡le echaremos una mano para sacar al Buen Dios de ahí!

Estos brazos, tan acostumbrados a cavar trincheras, apartan las piedras y las vigas. El sacerdote abre el sagrario y toma al Creador en sus manos; los militares se arrodillan bajo la ruinoso cúpula. Cuando el traslado ha terminado, el teniente ordena la salida inmediata.

—Disculpe, mi teniente —dice un soldado que porta un ramillete de clavetes colocado dentro de un trozo de obús como jarrón improvisado—; dos minutos más, que voy a llevarle esto a la Santísima Virgen. Será el recuerdo del regimiento.

Lo que pueden hacer los hombres resucitados por el perdón

Es el 6 de septiembre de 1914. En el frente, junto al Marne, faltan dos horas para el combate. Mientras tanto, se produce el peor de los enfrentamientos: la espera de una batalla que se sabe inevitable, implacable, inclemente. Un sacerdote decide aprovechar el momento:

—Hijos míos —les dice a sus hermanos de armas—, la cosa se va a poner caliente, y tres cuartas partes de nosotros no volverán para la revista.

Una bala, una metralleta, y luego el salto mortal al otro barrio...

A continuación, el soldado Planteau toma la palabra en nombre de los demás:

—Discúlpeme, padre, dos palabras; cada uno individualmente y por turnos, porque, ya me entiende usted...

De hecho, todos lo entienden. Enseguida, a solas con el presbítero, cada uno destapa sus llagas morales. La mano sacerdotal se alza para curarlas.

Están preparados. Demostrarán lo que puede hacer un hombre resucitado por el perdón.

Junto a la cruz

Pasan dos horas. Resuena la orden de ataque. Se desata la confusión. Caballos y uniformes se entrecruzan, las bayonetas se calan, llueve plomo y muerte. Planteau y su amigo Brigeois, que también se había confesado hace unos minutos, llevan a cabo proezas de valentía. Dargis, el comandante, los ve y les grita una orden que sólo sería digna de verdaderos héroes:

—Vais a subir a esa colina —ordena el oficial, señalando una elevación desprotegida—, y desde allí veréis dónde está la artillería enemiga. Luego —y esta es la parte más difícil de cumplir—, debéis volver para informarme.

Los soldados intentan calcular cuántos kilogramos de metal fundido vuelan alrededor del cerro, pero desisten. ¡Dios mío, qué diluvio!...

Sin embargo, obedecen y emprenden la subida. Cuando sus adversarios ven a los dos combatientes corriendo hacia la cima de la loma, se olvidan de todo. El dúo temerario acapara el protagonismo de la escena. Se descargan fusiles y cañones. Y Planteau aún tiene el valor de dejarse vencer por el buen humor:

—Vaya, compañero —dice sin aliento mientras corre—, no debemos ser poca cosa para que nos persiga una batería de 77 milímetros.

—¡Desde luego!, nos toman sin duda por el general Joffre...

Y así, con una sonrisa, llegan a la cumbre. Se disponen a inspeccionar

el campo, pero se detienen reverentes. Allí, en lo alto, reina una gran cruz. Se arrodillan ante el Redentor y rezan a la luz de las explosiones y al son de los obuses que los buscan:

—Dios mío, has muerto por nosotros. Pues bien, si esto te agrada, podemos corresponderte del mismo modo. Sólo te pedimos que si caemos aquí nos pongas en el cuadro de honor de tu regimiento.

Concluida la oración, divisan la artillería enemiga y se disponen a bajar de inmediato. Sin embargo, en ese momento, un proyectil cae frente a ellos y ambos son lanzados al suelo.

—¿Estás muerto? —pregunta Planteau.

—Parece que no. ¿Y tú?

Dios toma por asalto la trinchera

En las trincheras, las horas son días, los días transcurren como años, las semanas equivalen a una vida y muchas muertes. Y así pasa un mes tras otro... «La lluvia de dos días ha convertido el foso en un lodazal; la batalla de ayer, en un cementerio; la llovizna de hoy, en un valle de lágrimas. El cielo llora sobre nosotros: ya somos difuntos asperjados con agua bendita. Sí, se acerca un nuevo combate...». He aquí los plomizos pensamientos que asaltan a los defensores de la trinchera, cubiertos como están por las nubes parduscas de un día sin sol, de una mañana que nunca amanece.

«En estos soldados se desvanece el ánimo, la valentía y la esperanza de vencer. Traducido al lenguaje de la guerra: agoniza la victoria, adolecida, incluso antes de la contienda...». Son éstas las sombrías certezas que pugnan en la conciencia del capitán, asustado por el oscuro domingo que comienza.

Los disparos silban continuamente sobre la excavación: la curiosidad de levantar la cabeza podría costar la vida. Pero de repente una sorpresa, como una bomba inesperada, aparece en la zanja. Las nubes siguen inexpugnables ante cualquier luz celeste, el fuego no deja de vigilar el refugio

con sus detonaciones. Y, no obstante, el Sol brilla en la trinchera.

—¡Buenos días, hijos míos! Os traigo al Buen Dios.

Diciendo esto, el sacerdote, con la sotana ondeando al sople de las balas y armado con el Santísimo Sacramento, toma por asalto el refugio francés. La resistencia es casi nula. Los hombres ya se han rendido, de rodillas, ante el Señor de los ejércitos.

—Amigos míos, os traigo la comunión porque algunos me la han pedido. Es el Maestro el que viene a visitaros, el Capitán invencible.

Oficiales, suboficiales y soldados se alimentan del manjar de los ángeles. Uno u otro quizá lo agradezca haciendo suyas las palabras de Zacarías: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visita el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (cf. Lc 1, 78-79).

En la trinchera, los rostros lívidos por la duda y las miradas apagadas por la desesperanza adquieren los colores del sol que nace. La sonrisa conquista el terreno como que con lanzallamas. La alegría inunda el foso. ¡El entusiasmo comienza a rebosar en aquello que era un valle de lágrimas!

—Ahora —exclama un soldado—, ¡ya pueden venir!

—¿Cuándo nos volveremos a encontrar con ellos? —responde, ansioso, un segundo.

—¡Ahí están! —ruge finalmente el centinela al advertir un movimiento ofensivo en la posición enemiga.

Los tres gritos resuenan en las bocas de los oficiales y las ametralladoras. Desde el refugio salta una contraofensiva furiosa y serena y, por tanto, irresistible.

Todos salen. El sacerdote se queda a solas con Dios. Lo deposita en un altar improvisado y lo adora al son de un concierto de clamores y explosiones. Los gritos de guerra compiten en fragor con las ráfagas. Estas empiezan a enmudecer. El protagonismo sonoro pasa entonces a los gemidos y las exclamaciones. Treinta minutos transcurrieron en esa tormenta. A los pies del Señor, el ministro sagrado escuchaba y suplicaba.

Ahora, sin embargo, las voces de victoria dominan los aires. Los soldados regresan triunfantes a la trinchera. Llevan consigo a sus compañeros heridos. Éstos son los más homenajeados: sus túnicas están teñidas de púrpura y las medallas de hierro, introducidas por los disparos enemigos, glorifican sus cuerpos. Los conducen hasta el Santísimo Sacramento.

Mueren, sí. Pero ante el divino Sol encerrado en el copón, los ojos entreabiertos de esa juventud rejuvenecida por el catolicismo contemplan la aurora magnífica de una victoria que han conquistado y la apertura de un Cielo que los ha conquistado.

Unos años después

¡Cuántas veces, para ser un héroe, hay que ser católico!

Todo soldado se percata de la realidad de este principio al primer tronar de los cañones: «En la guerra —explicaría un combatiente que presen-

ció episodios como los narrados anteriormente—, es más fácil pasar sin pan que sin rezar, y, cuando se ha oído misa, uno se lanza a luchar con un ímpetu irresistible».²

Pero para ser católico, ¡hay que ser un héroe!

Y ahora más que nunca. Pues, ¿qué es el heroísmo sino la valentía multiplicada por la valentía? ¿Qué es la valentía sino avanzar a pesar del peligro? ¿Y qué es la guerra sino la multiplicación del peligro por el peligro?

Pues bien, ¡estamos en guerra! A lo largo de los siglos, la Iglesia crece en gracia y santidad y, por tanto, crece en enemistad con el demonio, el mundo y la carne. La guerra es cada vez más completa, y la valentía de los católicos de hoy ya no puede ser la de las épocas pasadas. Ha de ser total, multiplicarse por sí misma, convertirse en heroísmo.

La valentía de creer en la indestructibilidad de la Iglesia no nos basta. Es necesario el heroísmo de permanecer bajo sus bóvedas, aun cuando éstas parezcan tambalearse.

La valentía de enfrentar los mil y un peligros de la vida no nos basta. Es necesario el heroísmo de, ante la cruz que domina nuestro calvario, seguir adelante hasta el holocausto.

La valentía de esperar el despuntar del sol, aun entre las nubes, no nos basta. Es necesario buscar, conquistar y hacer rayar la aurora invencible del Reino de María sobre un mundo que se arrastra en el fango, en la depresión y en las tinieblas.

«En nuestros días —escribía proféticamente, cuando aún era un niño, Plinio Corrêa de Oliveira en su cuaderno escolar—, no basta la valentía de los tiempos de paz. Nos resta elegir entre ser un héroe o un cobarde». ✠

«En nuestros días —escribía el pequeño Plinio en su cuaderno escolar—, no basta la valentía de los tiempos de paz. Nos resta elegir entre ser un héroe o un cobarde»

Infantería francesa disparando desde una trinchera



¹ La información histórica contenida en este artículo se ha tomado de relatos de la época, incluidos en: GAËLL, René. *Les soutes sous la mitraille. Scènes de la guerre*. Paris: Henri Gautier, 1915.

² *Idem*, p. 101.

... que existen varias Iglesias Orientales católicas?

Unir Oriente y Occidente ha sido siempre un reto, y ni siquiera el impertérrito Alejandro Magno logró tan glorioso intento. La historia aprendió de él que conquistar territorios no sig-

nifica estrechar pueblos... Sin embargo, esta inmensa hazaña fue realizada por la Iglesia Católica al reunir bajo un mismo techo los dos extremos del orbe.

En efecto, además de la gran Iglesia Latina, pertenecen a la única y verdadera Iglesia de Cristo las veintitrés Iglesias Orientales católicas, que se encuentran principalmente en Oriente Próximo y en la India.

Gozan de privilegios, otorgados por los sumos pontífices, que salvaguardan sus tradiciones pluriseculares. Se rigen por una jurisdicción propia —*sui iuris*— y un código de leyes

común a todas, el *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*. Sus ritos, por ejemplo en la celebración de la eucaristía, difieren de los de la Iglesia Latina. Los ornamentos litúrgicos y las insignias episcopales también son distintos: en algunos casos los obispos, en lugar de mitra, llevan una hermosa corona. Toda esta diversidad se cobija bajo la égida del dulce Cristo en la tierra, como expresión de riqueza, continuidad y comunión.

Las Iglesias Orientales católicas se distinguen de aquellas que, a partir de 1054, con ocasión del Gran Cisma de Constantinopla, se separaron de Roma y pasaron a formar parte de la autoproclamada Iglesia Ortodoxa. La filial sumisión de las primeras al romano pontífice demuestra así que la verdadera unidad «debe ser unidad en la fe» (LEÓN XIV. *Discurso*, 19/5/2025). ✦



Misa celebrada según el rito bizantino católico en la catedral de San Esteban, Viena, el 11/09/2013

ichistory.org.ua

... que San Antonio de Padua fue teniente coronel de Brasil?

San Antonio de Padua —o de Lisboa— nació en Portugal, de ascendencia noble, en 1195. Se hizo franciscano, murió en 1231 y fue canonizado al año siguiente, más de doscientos cincuenta años antes del descubrimiento de Brasil. ¿Cómo, entonces, el santo medieval pudo tener alguna relación con el Ejército brasileño?

En el siglo XVII, el rey Alfonso VI, ante la inminente batalla de Montes Claros, en Portugal, alistó simbólicamente a San Antonio en el Ejército portugués. En ese campo de batalla lucharon 22.600 españoles contra 20.500 portugueses. El nuevo soldado enseguida demostró la superioridad de la intervención celestial, re-

conquistando la independencia para la corona lusa.

Desde entonces, reclutado como soldado raso del 2.º Regimiento de Infantería de Lagos por orden de Alfonso VI, el fiel hijo de San Francisco pasó a formar parte de la milicia brasileña en 1685, con ocasión de la Guerra de los Palmares. Ya en 1711, mediante real cédula del 21 de marzo, el rey de Portugal lo nombró capitán de Brasil, por su ayuda en la lucha contra el corsario francés Duclerc.

Más tarde, en 1814, João VI le confirió al santo el grado de teniente coronel, con la debida remuneración de ochenta mil réis, transferida al convento franciscano de Río de Janeiro.

Lamentablemente, el expresidente Hermes da Fonseca ordenó la suspensión de este salario...

Sea como fuere, a pesar de haber perdido su remuneración terrena, San Antonio —que ante todo era franciscano y, por tanto, hijo de la pobreza...— conservó lo más importante: la tarea de proteger a tan inmensa nación y el afecto del pueblo brasileño. ✦



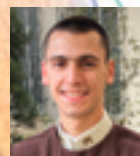
San Antonio de Padua - Museo Cívico, Vicenza (Italia)

Francisco Lecaros

Todos... ¡menos uno!

El monumento representado en estas páginas cobra más sentido si se analiza desde la perspectiva de sus constructores. Invitamos, pues, al lector a un viaje a la Roma del año 93 d. C.

✠ Ángel Francisco Neto Martins



Por Júpiter, ¡qué buena idea tuvo Vipsanio Agripa al construir este templo! El Panteón: ¡qué majestuosidad, qué convicción, qué fuerza! Y, entre nosotros, qué golpe maestro. Agripa bien merece tener su nombre grabado en el pórtico.

Dignus Roma locus, quo Deus omnis eat —Roma es un lugar digno, adonde van todos los dioses a reunirse,¹ cantaba el poeta Ovidio. Pues sí, y en ese panteón romano fue donde finalmente se firmó la tregua de los olímpos.

A pesar de su edad —nos encontramos ya a más de un siglo de su construcción—, esta joya aún refulege con jovialidad. El sol no ha quemado sus mármoles multicolores, sus puertas de bronce resisten la voracidad del tiempo y sus dieciséis columnas monolíticas, elegantes y poderosas como los brazos de nuestros atletas, sostienen una cúpula cubierta de láminas de plata.

Y su interior alberga una maravilla aún mayor. ¡Entremos! Entremos, que todos los ciudadanos romanos tienen derecho a ello. El suelo es

maravilloso, con sus piedras pulidas reflejando el sol, que entra a raudales por una abertura de nueve metros de diámetro. La cúpula... He aquí, propiamente, un cielo de piedra. Con 43,5 metros de altura y 43,5 metros de diámetro, el techo forma una semiesfera perfecta, en recuerdo de la bóveda celeste.

Pero apartemos la mirada del cielo para dirigirla hacia los dioses. Ellos, como nosotros, se hallan en la tierra. Cada uno de los numerosos nichos acoge a una divinidad. Allí se encuentra Minerva criselefantina, madre del felizmente reinante emperador Domiciano. A su lado, Júpiter vengador amenaza con deshacer las nubes en rayos y a los mortales en pedazos. Venus, un poco más lejos, exhibe joyas asaz terrenales, pues pertenecieron a Cleopatra. Baco, en su rincón, ríe embriagado.

Antaño ostentaron nombres diversos —como Atenea y Zeus—, pero hay quienes también omitieron el cambio de registro y que, aun así, forman parte de ese comité intercontinental: la frigia Cibeles; la fenicia Astarté; el dios Atis; Baal, el infanticida sirio-fenicio; una comisión egipcia presidida por Osiris-Serapis, acompañado de su esposa,





Rabax63 (CC by-sa 4.0)

**Fachada del Panteón, Roma; de fondo, vista del interior del edificio.
En la página anterior, esculturas de Júpiter, Atenea y Baco.**

Isis; Mitra, el patrón persa de la luz; Adonis de Biblos; Tamuz; Malakbel de Palmira; Dushara, el árabe... y otros muchos númenes importados.

Como se puede ver, los asiáticos están de moda; eso fue, por cierto, lo que motivó unos días atrás el rezongo conservador y satírico de Juvenal: *Iam pridem Syrus in Tiberim defluxit Orontes* —Hace tiempo que el río sirio Orontes desemboca en el Tíber.² Aquel día tuvo lugar en el Senado un debate digno de ser presidido por Marte. Pero triunfó la diplomacia. Es decir, la fe...

Aquí en el Panteón, no obstante, reina la paz, gracias al ingeniero que lo diseñó. Este círculo perfecto se construyó para evitar cualquier disputa entre los dioses: ninguno ocupa un puesto más elevado. Además, no hay un centro. El lugar hacia el que se vuelven está reservado solamente para los humanos. ¿Qué podemos hacer? Es la única forma de reunirlos a todos.

Todos... excepto uno. Uno que no se resignaría a esa condición de igualdad. ¡Es el Dios de los cristianos! Y cuando el otro día discutimos sobre la inmigración masiva de los dioses asiáticos, a este Jesucristo se le impidió la entrada.

De hecho, nos constan al menos dos crímenes perpetrados por Él contra la sociedad de los hombres y la de los dioses: exclusivismo y radicalidad.

Exclusivismo: es proclamado como la única divinidad por sus secuaces. Si, por lo menos, se conformara con ser el primero entre los primeros, como Júpiter, aún lo toleraríamos. Pero ¡no! No es uno entre otros; es el único, repiten los cristianos.

Radicalidad: enseña la mansedumbre, la castidad, el desapego de los bienes terrenales, la fe en la vida eterna, la creencia en la resurrección final; lo peor de todo es que esa doctrina se traduce en obras. Si Él no predicara la continencia, los hedonistas lo adorarían; si su ley no tuviera una expresión práctica, los filósofos lo elogiarían; si no mencionara una resurrección, los estoicos creerían en Él.

La conclusión fue más que simple: Domiciano, nuestro augusto César, decretó la persecución y la muerte de los cristianos. A menos, claro está, que abjuren de ese credo en favor de una postura más moderada. Moderación... es esencial. No tiene derecho de ciudadanía la religión que se cree la verda-

dera. No cabe en el Panteón un Dios único e infinito, sobre todo cuando trae consigo una moral.

* * *

He ahí los pensamientos que poblaban la mente de un patricio romano durante la segunda persecución contra la Iglesia Católica en el 93 d. C., año en el que, una vez más, los paganos constataron que esa religión no podía mezclarse con las demás. ¿En qué resultó todo eso? Siglos de sincretismo, más diplomático que sincero, se derrumbaron bajo la sangre de los discípulos de Jesucristo, y la prisión de antiguas y falsas deidades, que era el Panteón, cedió sus columnas a la iglesia de Santa María de los Mártires. El único Dios había vencido.

Pero ese romano, que existió bajo el nombre de Tácito, existe todavía hoy en el fondo, quizá de forma inconsciente, de quienes desean el regreso del Panteón y, por tanto, la ruina de la Iglesia. ✦

¹ OVIDIO. *Fastorum*. L. IV, v. 270.

² JUVENAL. *Satira*. L. III, v. 62.

La Virgen con el Niño, de
Simone di Filippo Benvenuti -
Galería Estense, Módena (Italia)



Confianza, alegría y ánimo

El amor materno de María tiene fuerza regeneradora para elevar y santificar un alma. Ella es la mediadora de las gracias necesarias para la justificación de aquellos a los que ama. Confiemos en la Virgen en todo momento, recordando siempre su extrema ternura para con nosotros, su compasión para con las miserias de cada uno.

Si no tomamos conciencia de la misericordia de María Santísima, nada bueno haremos. Cultivándola, nuestra alma se colma de confianza, alegría y ánimo. Teniendo a la Madre de la Divina Providencia como nuestra propia Madre, nada debe abastarnos. Ella lo resolverá todo si, confiados, imploramos su maternal socorro.

Plinio Corrêa de Oliveira